

## 5 La interpretación de los sueños

### 5.1 El soñar y el dormir

La interpretación de los sueños es, desde que Freud publicara el libro del mismo nombre, la parte más popular de la teoría y técnica psicoanalíticas. Las interpretaciones que el analista hace de los sueños son tan dependientes de su concepción de la función del soñar como de su teoría de la génesis del sueño y de la modificación del mismo en el momento del relato del contenido manifiesto del sueño. Qué sueños recuerda un paciente, la manera como los relata, así como el momento en que lo hace, en una sesión determinada y en el marco del análisis como un todo, son todos factores que contribuyen a la interpretación. No en último término, tanto el interés en los sueños, como la manera (a veces más, a veces menos productiva) en la que ellos son tratados por el analista durante el tratamiento, son puntos críticos para la interpretación de los sueños misma y para la conducción del tratamiento en general.

La investigación onírica empírica actual se desenvuelve en torno a dos preguntas centrales: la primera atañe a la función de los sueños en la economía psíquica, la segunda se dirige a los procesos cognitivos y afectivos en la génesis del sueño (Strauch 1981). Desde el descubrimiento del sueño REM, la investigación onírica tuvo por objetivo establecer las relaciones entre el sueño y los procesos fisiológicos (C. Fisher 1965). Más recientemente, sin embargo, se puede registrar un desencanto por esta investigación correlativa. Por ejemplo, Strauch (1981) reclama la vuelta a un planteamiento genuinamente psicológico. La meta sería devolver al sueño su significación como fenómeno psíquico. Freud recorrió un camino similar para llegar a su Interpretación de los sueños. Esta ruta ha sido trazada por Schott (1981) en un estudio comparativo sobre el desarrollo de las teorías de Freud. Aun cuando nosotros no nos encontramos en el mismo punto de partida -entretanto han sido refutados importantes postulados de la teoría de los sueños de Freud (aunque no de la interpretación de los mismos)- queda claro que las condiciones fisiológicas y los significados psicológicos pertenecen a dimensiones completamente diferentes.

"Aun en el futuro, difícilmente puede esperarse que los métodos establecidos de interpretación de los sueños, es decir, como son practicados por las distintas escuelas de psicoterapia, vayan a ser influenciados por los resultados de la investigación onírica. El soñar tiene en el proceso terapéutico un valor en sí mismo, aun cuando las teorías del soñar subyacentes deban ser modificadas" (Strauch 1981, p.43).

La investigación de los últimos 30 años sobre el dormir y el soñar ha modificado ya bastante nuestra concepción del soñar. El futuro mostrará si acaso también influirá la práctica de la interpretación de los sueños, y de qué manera.

### 5.2 El pensamiento onírico

Uno de los problemas teóricos más difíciles de resolver en relación al sueño y al soñar reside en encontrar un entendimiento adecuado de la relación entre imagen y pensamiento. El mismo Freud se aplica a este problema en una nota al pie, agregada en 1925 a la Interpretación de los sueños:

Al comienzo me resultó extraordinariamente difícil acostumbrar a los lectores al distingo entre contenido manifiesto del sueño y pensamientos oníricos latentes. Una y otra vez se tomaban argumentos y objeciones del sueño no interpretado, tal como el recuerdo lo conservó, descuidándose el requisito de la interpretación. Ahora que al menos los analistas se han avenido a sustituir el sueño manifiesto por su sentido hallado mediante interpretación, muchos de ellos incurren en otra confusión, a la que se aferran de manera igualmente obstinada. Buscan la esencia del sueño en este contenido latente y descuidan así el distingo entre pensamientos oníricos latentes y trabajo del sueño. En el fondo, el sueño no es más que una forma particular de nuestro pensamiento, posibilitada por las condiciones del estado del dormir. Es el trabajo del sueño el que produce esa forma, y sólo él es la esencia del sueño, la explicación de su especificidad. Lo digo a modo de enjuiciamiento de la tristemente célebre "tendencia prospectiva" del sueño. El hecho de que el sueño se ocupe de intentos de solucionar tareas que se presentan a nuestra vida psíquica no es más sorprendente que el hecho de que lo haga nuestra vida consciente de vigilia; lo único que agrega es que ese trabajo puede realizarse también en el preconscious, cosa que ya sabemos (Freud 1900a, p.502; cursiva en el original).

De acuerdo con Freud (1933a, p.18), las características fenomenales del sueño son manifestaciones de modos de operación filogenéticamente más antiguos del aparato psíquico, que pueden hacerse evidentes en la regresión del estado del dormir. Consecuentemente, el lenguaje onírico se expresa a través de rasgos arcaicos, los que Freud describió en la conferencia decimotercera (1916-17). El lenguaje onírico, anterior al desarrollo de nuestro lenguaje de pensamiento, es un lenguaje plástico, rico en relaciones simbólicas. Conforme a ello, el uso humano de los símbolos trasciende los límites de las respectivas comunidades lingüísticas (1923a, p.238). Condensación, desplazamiento y figuración plástica son los procesos que determinan la forma. En contraste con el estado de vigilia, en el cual el pensar procede según gradaciones y diferenciaciones y se orienta de acuerdo con distinciones espaciales y temporales lógicas, en el sueño hay regresión y los límites se hacen borrosos. Este borramiento de límites puede ser percibido al quedarse dormido. Freud calificó al deseo de dormir como el motivo para la inducción de esta regresión.

Los elementos formales del lenguaje onírico serán calificados como "trabajo del sueño", que Freud resume como sigue: "Con las operaciones que hemos enumerado se agota su actividad; no puede hacer más que condensar, desplazar, figurar plásticamente y someter después el todo a la elaboración secundaria" (Freud 1916-17, p.166). Así, el soñante se representa el mundo, incluido sí mismo, de manera diferente que en su pensamiento de vigilia y en su vida cotidiana. Por esta razón, no basta sólo con describir las características formales

del lenguaje onírico: el problema reside en su traducción. Los pensamientos se transforman en imágenes y las imágenes se describen en palabras (Spence 1982a). La dirección en la cual esta traducción es llevada a cabo, es decir, desde el lenguaje discursivo al lenguaje onírico o viceversa, no es de ningún modo indiferente. Muy por el contrario, si se toma en cuenta este punto de vista, llega a ser posible entender algunas de las contradicciones que afectan la relación entre imágenes y pensamientos oníricos latentes y también su cristalización en las reglas relevantes para la interpretación psicoanalítica de los sueños. Las percepciones internas que son posibles bajo las condiciones del dormir deben ser interpretadas probablemente como metáforas visuales, lo que, por lo demás (y de manera muy decisiva), está determinado por los procesos neurológicos de distribución de los estímulos en el cerebro.

Estas reglas de traducción conciernen a las relaciones entre los elementos oníricos y los elementos de significado latente que ellos representan y que Freud, con extraña vaguedad, calificó como "lo genuino de ellos" (1916-17, p.137). En las Conferencias de introducción, distingue inicialmente "tres de tales relaciones: la de la parte con el todo, la de la alusión y la de la ilustración en imágenes". La cuarta es la relación simbólica (1916-17, p.137). De acuerdo con Freud, la relación entre símbolo y elemento onírico es constante, lo que facilita la traducción:

En la medida en que los símbolos son traducciones fijas, realizan en cierto grado el ideal tanto antiguo cuanto popular de la interpretación del sueño, del cual nos habíamos alejado mucho por nuestra técnica. En ciertas circunstancias nos permiten interpretar un sueño sin indagar al soñante, quien, por lo demás, nada sabe decir sobre el símbolo. Si uno conoce los símbolos oníricos usuales y, además, la persona del soñante, las circunstancias en que vive y las impresiones tras las cuales sobrevino el sueño, a menudo está habilitado para interpretar sin más un sueño, para traducirlo, digamos, de primera intención (1916-17, p.138).

Esta afirmación se basa en el supuesto de que el soñante, él mismo erigido en símbolo, es incapaz de entregar ocurrencias que den sentido al símbolo, porque su regresión en la situación terapéutica es insuficiente para permitirle un acceso directo al lenguaje figural.

Debemos ahora dilucidar la naturaleza de la relación entre el elemento manifiesto y el latente del sueño o, en palabras de Freud, de la relación entre los elementos oníricos y "lo genuino de ellos". Ya desde el comienzo salen al paso grandes dificultades en la comprensión de esta relación, según Freud mismo lo planteó: el elemento onírico manifiesto no es tanto una desfiguración del latente "cuanto una figuración de él, su expresión en imágenes plásticas, concretas, que toman como punto de partida la literalidad de ciertas palabras. Pero precisamente por eso es de nuevo una desfiguración, pues en la palabra hemos olvidado hace mucho la imagen concreta de que surgió, y ya no la reconocemos en su sustitución por la imagen" (1916-17 p.110). Nuestra atención se dirige en este punto al problema básico de la relación entre palabra e imagen. El lenguaje onírico se expresa predominantemente en imágenes visuales, y la tarea de la traducción terapéutica consiste en transformar las imágenes en palabras y pensamientos. Aun cuando los

pen-samientos deben ser considerados como secundarios en relación con la figuración original, en la terapia son de una importancia primaria porque los pensamientos expresados en palabras hacen posible el diálogo terapéutico. Confiamos haber aclarado por qué el concepto de "pensamiento onírico latente" sufrió un profundo cambio de significado en los escritos de Freud; inicialmente idéntico con el resto diurno, llegó a ser finalmente "lo genuino" del sueño, transformado por el trabajo del sueño en el sueño manifiesto y ahora, por así decir, "retraducido" por el trabajo interpretativo: el trabajo del sueño es anulado por el trabajo interpretativo. En contradicción con la primacía del lenguaje figural, el "pensamiento onírico latente" de algún modo toma ahora el primer lugar en el nivel más profundo, donde, a su vez, se funde con el deseo que requiere traducción. De este modo, el punto de partida se diferencia en que en la teoría de la génesis del sueño el lenguaje figural ocupa un lugar primario, mientras que en la técnica de la interpretación de los sueños todo nace de los pensamientos, siendo éstos los que asumen la primacía.

Ahora bien, podemos ilustrar esta argumentación describiendo la transformación en el significado sufrido por el "pensamiento onírico latente". Freud partió del concepto de trabajo interpretativo, y fue natural que al principio conectara el motivo del sueño con los restos diurnos, llegando a igualarlos a los pensamientos oníricos latentes (1916-17, p.182). En la teoría del trabajo del sueño, es decir, en la teoría de la génesis del sueño, los pensamientos oníricos latentes son transportados, bajo la influencia de la censura onírica, a un modo de expresión diferente que "se remonta a estados de nuestro desarrollo intelectual superados hace mucho por nosotros, al lenguaje figural, a la referencia simbólica, quizás a condiciones que han existido antes de que se desarrollase nuestro lenguaje discursivo. Por eso llamamos arcaico o regresivo al modo de expresión del trabajo onírico" (1916-17, p.182). Actualmente diríamos más bien que la elaboración en el sueño es llevada a cabo mediante medios arcaicos. Con el cambio definitivo en el significado, "todo cuanto averiguamos a raíz de la interpretación del sueño" será designado con el título de pensamientos oníricos latentes (1916-17, p.207). El amplio predominio del trabajo interpretativo sobre la teoría de la génesis del sueño se muestra clara-mente en la igualdad que se establece entre la censura onírica y la resistencia en contra de la revelación de los pensamientos oníricos latentes, que a su vez repre-sentan, sobre todo, deseos reprimidos a diferentes profundidades. El que bajo los pensamientos oníricos latentes se encuentren, en primer lugar, deseos, guarda rela-ción, por un lado, con el significado universal para el hombre del mundo del deseo y, por el otro, con la especial atención que el psicoanálisis, desde sus inicios, puso a los aspectos desiderativos del sueño. El punto de vista freudiano general, es decir, que los sueños en esencia no son nada más que una forma especial de nuestro pensar (1900a, p.502), fue descuidado hasta que Erikson publicó "El sueño paradigmático del psicoanálisis" (The Dream Specimen of Psychoanalysis [1954]).

Estudios sistemáticos han hecho actualmente posible averiguar si acaso el pen-sar onírico es complementario al pensar de vigilia, o si acaso ambos se confunden sin solución de continuidad. Algunos hallazgos indican que no hay correspon-dencia entre el ensoñamiento diurno y el soñar nocturno, pudiendo ser mostrado que la

distorsión y la expresión de afectos aumenta progresivamente desde los ensueños diurnos, mediante fantasías, hasta los sueños nocturnos. También se ha señalado que es posible identificar diferencias para ambos sexos en necesidades específicas (Strauch 1981, p.27). En general, se piensa actualmente que la configuración del contenido onírico refleja los principales rasgos de la personalidad del soñante (Cohen 1976, p.334).

Esta perspectiva ha ganado en plausibilidad con las bien fundamentadas investigaciones psicológico-evolutivas de Foulkes (1977, 1979, 1982), que han mostrado un desarrollo cognitivo y emocional paralelo entre estados de vigilia y relatos de sueños. Giora (1981) subraya además el peligro de tomar en cuenta sólo el material clínico y descuidar, en la discusión sobre la teoría onírica, la existencia de otros tipos de sueños, como por ejemplo, los sueños lógicos y de solución de problemas. Ahora sabemos que los sueños que suceden en la etapa REM tienden a ser más irracionales que los de la etapa no-REM, lo que sugiere que los mecanismos del proceso primario se relacionan con condiciones fisiológicas determinadas. Ideas semejantes encontramos ya en Ferenczi (1964 [1912]) quien informó sobre "sueños dirigibles". Estos sueños son formados por el soñante de manera deliberada, quien rechaza versiones insatisfactorias. En resumen, se puede afirmar que actualmente muchos autores buscan subordinar el pensamiento onírico a los principios de la función psíquica, rechazando las teorías que entregan al pensar onírico un status especial.

En base a estudios electroencefalográficos, experimentos farmacológicos y consideraciones teóricas, Koukkou y Lehmann (1980, 1983) formularon un "modelo de estados alternantes", cuya idea central es que el cerebro alterna entre distintos estados funcionales, cada uno de los cuales tiene acceso a su propio banco de memoria selectivo. De acuerdo con este modelo, las características formales de los sueños (es decir, el producto del proceso primario y del trabajo del sueño) resultan de:

1. Evocación durante el sueño de material de memoria (sucesos actuales, estrategias discursivas, símbolos y fantasías) que fue almacenado a lo largo del desarrollo y que en el estado de vigilia adulto no puede ser completamente "leído", o que fue de tal modo adaptado al aquí y ahora por las estrategias discursivas de la vigilia que ya no es reconocible. Además de esto, evocación de material de memoria reciente que es reinterpretado durante el dormir de acuerdo con las estrategias discursivas de los estados funcionales.

2. Fluctuaciones del estado funcional durante las distintas etapas del dormir (definidas aquí de manera mucho más fina y como mucho más cortas que las 4 etapas electroencefalográficas clásicas del dormir), que ocurren espontáneamente o como una respuesta a nuevos estímulos o a estímulos señales durante el sueño. Esto resulta en transformaciones de contenido entre los distintos almacenes de memoria (estados funcionales), lo que conduce a

3. La formación de nuevas asociaciones, que, al no haber un cambio del estado funcional hacia la vigilia, no pueden ser adaptadas a la realidad actual, por lo cual el soñante emplea las estrategias discursivas del estado funcional (es decir, del nivel evolutivo) correspondiente (Koukkou y Lehmann 1980, p.340).

Estos hallazgos neurofisiológicos no se refieren, naturalmente, al inconsciente en cuanto procesos psíquicos. A estos últimos se dirige el método psicoanalítico, que

se sujeta a la "antorcha" de la conciencia, sin la cual "nos perderíamos en la oscuridad de la psicología de lo profundo" (Freud 1933a, p.65). Es consecuente que Freud haya calificado su más grande descubrimiento (descubrimiento que de ninguna manera le cayó del cielo después del sueño sobre la inyección de Irma, la noche del 23 al 24 de julio de 1895), es decir, la interpretación de los sueños, sólo como la vía regia al inconsciente. Pues el camino real simplemente conduce hacia el inconsciente. En el "sueño paradigmático" (Traummuster, título bajo el cual Freud analizó el sueño de Irma; véase Freud 1900a, pp.118ss; nota de J.P. Jiménez) del psicoanálisis, Freud ejemplifica procesos funcionales psíquicos inconscientes. El que el inconsciente esté estructurado como lenguaje y que los sueños puedan ser entendidos como una forma especial del pensar, para aludir a respectivas descripciones de Lacan y de Freud, significa, al fin y al cabo, que nuestro hablar y nuestro pensar sobre algo, aquí sobre el objeto de la vivencia psíquica inconsciente, debe darle a éste una estructura. Qué estructura tenga el sueño es una pregunta metodológica y no ontológica. Para citar a Freud: "el sueño no es lo 'inconsciente'; es la forma..." (1920a, p.158; la cursiva es nuestra). Como lo ha señalado Erikson (1954), el camino real ha conducido a interpretaciones sobre el trabajo del sueño, interpretaciones que pueden ser cambiadas a través de nuevos conocimientos.

La relación entre el pensamiento "normal" de vigilia y el pensar onírico, según se refleja en los relatos de sueños, ha sido estudiada, desde el punto de vista lógico-psicoanalítico, por Matte Blanco (1975, 1984a). Lo que habitualmente llamamos pensamiento "normal" es un tipo de raciocinio que se rige por la llamada lógica aristotélica, que respeta los principios de identidad y de no contradicción, lógica que Matte llama bivalente. La presencia de otro tipo de "pensar", en mayor o menor grado influenciado por el inconsciente, se caracteriza por distintos grados de transgresión a esta lógica bivalente, donde el principio de no contradicción (o principio de incompatibilidad) es reemplazado, en diversos grados, por el principio de simetría. Según el principio de incompatibilidad, si un objeto  $x$  está en una relación  $R$  con otro objeto  $y$ , la relación en sentido contrario no es correcta; el principio de simetría, en cambio, acepta la inversión de la relación sin mayores problemas. O sea, si Mario es el padre de Francisco, Francisco es también el padre de Mario.

Así, el pensamiento inconsciente, en términos de lógica bivalente estricta un "no pensamiento", se caracteriza por distintos grados de simetrización o de transgresión del principio lógico de incompatibilidad. La lógica bivalente conduce a un modo de ser en el mundo que Matte llama el modo de ser divisible, es decir, un modo de concebir el mundo de manera discreta y diferenciable, en unidades de tiempo y espacio. La lógica simétrica expresa, aunque parcialmente, un modo de ser opuesto y extremo, el modo de ser indivisible, donde cualquier objeto puede, en último término, ser cualquier otro distinto, sin consideraciones de tiempo o espacio. Ahora bien, los distintos tipos de productos psíquicos en los que decimos se expresa el inconsciente (por ejemplo, el pensamiento esquizofrénico o los sueños) se pueden describir como distintos tipos de combinación de ambas lógicas, es decir, de lógica bivalente y de lógica simétrica, donde la última corresponde, a su vez, a una proposición bivalente simultáneamente con su transgresión (lo que

equivale a decir que la lógica simétrica se define desde la lógica "normal", desde la bivalente; si no, no podríamos siquiera concebirla). De este modo, el sueño, expresión del pensar onírico, es una estructura bilógica particular, y Matte la distingue de otras. Matte la caracteriza como una estructura bilógica escondida, disfrazada de lógica bivalente, a diferencia, por ejemplo, del pensar esquizofrénico, donde el modo indivisible está perfectamente a la vista. En los sueños, el modo indivisible no aparece directamente, pues ha sufrido ya una transformación en el contenido manifiesto. Esta transformación es la que se produce al intentar representar un espacio multidimensional, que sería el espacio onírico primario (latente), a través de un espacio tridimensional, el único espacio perceptible para el hombre. Resumiendo, el sueño, como producto manifiesto, y desde el punto de vista de un análisis lógico, es una estructura bilógica encubierta por medio de la representación tridimensional. De este modo, el "pensar onírico latente" se desarrolla en un hiperespacio de más de tres dimensiones y no es directamente accesible a nuestro modo de percepción; sólo es deducible a través de su expresión en términos de imágenes oníricas, resultado de la transmutación de la información al espacio perceptivo de tres dimensiones. Es esta transmutación la que "esconde" la simetrización del espacio multidimensional. Las ideas de Matte Blanco se acercan, en este punto, a la teoría de los dos códigos de W. Bucci (1987), que resumiremos más adelante.

### **5.3 Restos diurnos y deseos infantiles**

Es difícil encontrar en los escritos de Freud un paso más audaz que aquel del intento de unir el cumplimiento de deseos con el postulado de que éste debe ser un deseo infantil: "[...] la intelección de que en verdad todos los sueños...son sueños de niños, trabajan con el material infantil, con mociones anímicas y mecanismos infantiles" (1916-17, p.195; la cursiva es nuestra). En *La interpretación de los sueños*, Freud ofrece, en contraste con el deseo infantil, una gran cantidad de evidencias para la efectividad operacional de deseos que se originan en el presente y por motivos que Kanzer (1955) calificó como la "función comunicativa" de los sueños.

Más allá de esto, debemos recordar la distinción de Freud entre la fuente del sueño y el motor del sueño, pues la selección del material "de cualquier época de la vida" (Freud 1900a, p.186) y la introducción de este material como motivo causal del sueño son dos cosas totalmente separadas.

Creemos que Freud mantuvo el concepto de la primacía del deseo infantil por razones heurísticas y técnicas. No queremos adentrarnos en la pregunta de cuán frecuentemente Freud logró, de manera convincente, retrotraer el origen de un sueño desde los restos diurnos desencadenantes hasta los deseos infantiles, y mostrar éstos como las causas más profundas y esenciales. Freud ilustró la relación entre restos diurnos y deseo infantil inconsciente a través de una comparación: toda empresa comercial necesita de un capitalista que sufrague los gastos y de un empresario que tenga la idea y que sepa llevarla a cabo. El capitalista es el deseo inconsciente que presta la energía psíquica para la formación del sueño; el empresario es el resto diurno. El capitalista podría, sin embargo, tener también él

mismo la idea o el empresario poseer el capital. De este modo, la metáfora queda abierta: ésta simplifica la situación en la práctica, pero dificulta su comprensión teórica (Freud 1916-17, p.207).

Más tarde, Freud (1933a) transformó esta metáfora en la teoría de la génesis del sueño desde arriba (desde el resto diurno) y desde abajo (desde el deseo inconsciente).

El hecho de que en la metáfora original se equipare al capitalista con la "energía psíquica" que entrega, refleja el supuesto de Freud concerniente a la economía energética, en la cual la energía psíquica es vista como la fuerza básica detrás del estímulo, la fuerza que crea el deseo y presiona por su cumplimiento, aun cuando sólo sea a través de un tipo de abreacción en la forma de satisfacción alucinatoria.(1)

La consecuencia de esta asunción teórica debe verse, según nuestra opinión, en que la revelación del deseo infantil por la interpretación tiene que, hablando estrictamente, envolver el redescubrimiento y la reproducción de la situación original en la cual un deseo, una necesidad o un estímulo pulsional, se originó pero no fue satisfecho, y, por esa razón, no pudo alcanzarse una genuina abreacción en el objeto.

A causa de este trasfondo hipotético, Freud manifestó la expectativa (también a los pacientes, como lo sabemos por el hombre de los lobos) de que, después de la cancelación del recuerdo encubridor volvería a aparecer la situación originaria de deseo y denegación (la escena primordial). De acuerdo con el hombre de los lobos, las expectativas de Freud no se cumplieron, es decir, la cancelación del recuerdo encubridor no llegó, y con ello la memoria de la escena primordial no se produjo. La vida posterior del hombre de los lobos está bien documentada (Gardiner 1971), y se puede concluir que sus recaídas (en realidad su enfermedad se hizo crónica) se debieron menos a una iluminación inadecuada de situaciones infantiles de tentaciones incestuosas y denegación, que a una idealización de Freud y del psicoanálisis, como defensa en contra de transferencias negativas recientes.

En la suposición de que los deseos infantiles son el motor del sueño se encuentra implícita una teoría del almacenamiento de las huellas mnémicas, es decir, una teoría de la memoria. Esta fue concebida por Freud en el capítulo 7 de la Interpretación de los sueños (1900a) y tuvo consecuencias considerables en la estructuración del tratamiento psicoanalítico, puesto que lo orientó hacia el recordar y hacia la descarga de las excitaciones. Aunque sólo raramente es posible reconstruir con fiabilidad el deseo infantil y sus circunstancias o revivirlo afectiva o cognitivamente con alguna seguridad, la iluminación de las amnesias infantiles sigue siendo válida como meta ideal, en especial para los psicoanálisis más profundos. Esto es particularmente cierto para aquellas amnesias correspondientes a la edad en que, por razones psicobiológicas, probablemente sólo se pueden dar recuerdos sensoriomotores. La plausibilidad de tales reconstrucciones es, sin embargo, una cosa distinta de su efectividad terapéutica, como Freud lo señaló con suficiente claridad cuando dijo:

El camino que parte de la construcción del analista debiera culminar en el recuerdo del analizado; ahora bien, no siempre lleva tan lejos. Con harta



frecuencia, no consigue llevar al paciente hasta el recuerdo de lo reprimido. En lugar de ello, si el análisis ha sido ejecutado de manera correcta, uno alcanza en él una convicción cierta sobre la verdad de la construcción, que en lo terapéutico rinde lo mismo que un recuerdo recuperado (1937d, p.267).

---

De manera ocasional, es posible elevar la plausibilidad de las reconstrucciones a través de interrogatorios posteriores a la madre, capaces de entregar una confirmación final para acontecimientos que habían sido supuestos desde el principio y que fueron aparentemente confirmados durante el análisis (véase, por ejemplo, Segal 1982). Qué valor tengan tales datos, en conexión con la verdad subjetiva de la vida de fantasía y de su cambio bajo la influencia de la terapia, es un problema que no podemos abordar aquí (véase Spence 1982a).

Como hemos visto, la demostración de la existencia del deseo onírico infantil inconsciente tiene muchos aspectos, de los cuales podemos tratar de pasada sólo su relevancia clínica. Resumiendo, podemos decir que la teoría del cumplimiento de deseos presenta vacíos en lo concerniente a la demostración del elemento desiderativo infantil inconsciente, y que esto lleva a otros problemas, como, por ejemplo, cómo hacer compatibles los sueños angustiosos estereotípicos con la teoría.

El resto diurno funciona como un efectivo puente entre el pensar de la vigilia y el pensar onírico. La identificación del resto diurno, a partir de las asociaciones del paciente, usualmente conduce a un primer entendimiento, inmediato, del sueño.

Esta función puente se puede ver de manera particularmente clara en investigaciones oníricas empíricas, cuando los sujetos de experimentación son despertados e interrogados acerca de sus sueños. Greenberg y Pearlman (1975, p.447) observaron este proceso desde la perspectiva de la situación psicoanalítica, destacando la "in-corporación, relativamente no distorsionada", de acontecimientos cargados afectivamente en el sueño manifiesto.

Sin embargo, los comentarios complementarios de Schur (1966) al sueño de Irma subrayan que una concepción restringida del "resto diurno" obscurece toda posible conexión con acontecimientos anteriormente sucedidos. Las asociaciones de Freud al sueño de Irma lo conducen rápidamente hasta la crítica encubierta hecha por su amigo Otto, quien la tarde anterior le había informado sobre la condición no totalmente satisfactoria de Irma. Freud no menciona en la Interpretación de los sueños la situación extremadamente crítica en que se encontraba la paciente Emma algunos meses después de haber sido operada por su amigo Fliess. Para Freud, el resto diurno se coloca en la intersección de dos líneas asociativas, una de las cuales conduce al deseo infantil, la otra al deseo actual: "Es que no se encuentra ningún elemento del contenido del sueño desde el cual los hilos de la asociación no se separen en dos o más direcciones" (1901a, p.632). Si nos liberamos de la dico-tomía entre las fuentes desiderativas actuales y las infantiles, y adoptamos en cambio el concepto de red asociativa, en la cual pasado y presente se entrelazan en muchas estratificaciones temporales (Palombo 1973), se accede a la tesis de que la función principal del sueño es el desarrollo, el mantenimiento (regulación) y, si es necesario, la restauración de los procesos psíquicos, de su estructura y de su organización (Fosshage 1983, p.657).

Conocemos bastante poco acerca de si acaso la regulación de estos procesos de asimilación y adaptación en el "medio interno" psíquico debe recurrir siempre, sin excepción, a deseos infantiles reprimidos, o si acaso esto es necesario sólo en casos seleccionados, cuando, por ejemplo, un conflicto reciente empieza a resonar con una situación de conflicto infantil no resuelta. La tesis neurofisiológica de Koukkou y Lehmann (1980, 1983) es a este respecto altamente interesante, a pesar de su carácter especulativo. Ellos plantean que la variación en los patrones electroencefalográficos durante el sueño REM apoya firmemente la hipótesis de que el acceso a los recuerdos tempranos se abre varias veces durante la noche, momentos en que los procesos de intercambio entre presente y pasado son por entero concebibles.

La idea de Freud de que el deseo infantil es el motor de la formación onírica no ha sido confirmada y, a la luz de los hallazgos de la investigación moderna, debe ser descartada por superflua. La hipótesis del "capitalista" fue formulada antes de que se supiera que el soñar es una actividad de base biológica controlada por un reloj interno y que no necesita ser fundamentada en términos de economía psíquica. Podemos preguntarnos cuántos de los sueños evocados y recordados en investigación onírica por medio de la técnica REM podrían efectivamente recordarse durante un psicoanálisis, y cuáles de estos cumplirían su función con el hecho de ser soñados y, precisamente, no recordados. Con todo, desde un punto de vista clínico, sigue siendo relevante qué sueños son recordados y cuándo éstos son relatados por el paciente. La función comunicativa del soñar (Kanzler 1955) sigue siendo una pregunta puramente psicológico-psicoanalítica que tiene una relevancia distinta para cada una de las tres funciones del sueño que se consideran importantes: la solución de problemas, el procesamiento de información y la consolidación del yo. Según lo afirma atinadamente Dallet (1973), estas tres perspectivas no son mutuamente excluyentes y el apoyo empírico a ellas es muy diferente. Como vimos en la sección dedicada al pensamiento onírico (5.2), desde el punto de vista del desarrollo histórico de las hipótesis sobre la función del soñar, la suposición de que los sueños tienen predominantemente una función en el dominio de la realidad, ha perdido validez en comparación con la opinión de que éstos son importantes para el equilibrio intrapsíquico del soñante y para el mantenimiento de sus funciones psíquicas. En las secciones siguientes expondremos algunas contribuciones dignas de ser destacadas en el desarrollo de la teoría del sueño.

### **5.3.1 La teoría del cumplimiento de deseos como principio unitario de explicación**

Para Freud era evidentemente importante contar con un principio unitario de explicación y adherirse firmemente a él, a pesar de todas las dificultades teóricas y prácticas que especificaremos en lo que sigue. Freud trató de solucionar estas dificultades equipando teóricamente al deseo, como motivo motriz de la génesis del sueño, mediante fuerzas que comprenden variados elementos de diferentes fuentes. Prefirió este movimiento hacia la estandarización sobre otros

planteamientos ya tempranamente en 1905, aunque sin fundamentarlo de manera convincente:

En mi libro *La interpretación de los sueños* he puntualizado que todo sueño es un deseo al que se figura como cumplido; la figuración es encubridora cuando se trata de un deseo reprimido, que pertenece al inconsciente, y, exceptuando el caso de los sueños infantiles, sólo el deseo inconsciente o que alcanza hasta el inconsciente tiene la virtud de formar un sueño. Creo que habría conseguido más fácilmente la aprobación general si me hubiera contentado con aseverar que todo sueño posee un sentido que puede descubrirse mediante cierto trabajo de interpretación. Tras una interpretación completa, uno podría sustituir el sueño por pensamientos que se insertan dentro de la vida anímica de la vigilia en lugares fácilmente reconocibles. Y habría podido proseguir diciendo que ese sentido es tan variado como las ilaciones del pensamiento de la vigilia. Una vez se trataría de un deseo cumplido, otra de un temor realizado; en otras ocasiones, de una reflexión proseguida mientras se duerme, de un designio (como en el sueño de Dora), de un fragmento de producción mental, etc. Esta manera de exponer las cosas habría resultado indudablemente atractiva por su claridad, y podría apoyarse en un gran número de ejemplos bien interpretados, como el del sueño que aquí analizamos.

En lugar de ello, he formulado una tesis general que restringe el sentido de los sueños a una única forma de pensamiento: la figuración de deseos. He provocado así la universal inclinación a la contradicción. Pero debo decir que no me creí en el derecho ni en el deber de simplificar un proceso de la psicología para agradar a los lectores, cuando mi indagación detectaba en él una complicación que sólo en otro lugar hallará su solución armónica. Por eso tiene particular interés para mí demostrar que las excepciones aparentes, como el presente sueño de Dora, que a primera vista se reveló como un designio diurno proseguido mientras ella dormía, no hacen sino comprobar una y otra vez la regla impugnada (Freud 1905e, pp.60s).

Para poder adherirse al principio unitario de explicación, Freud debió hacer grandes esfuerzos teóricos y conceptuales que a continuación resumimos brevemente. La génesis, la naturaleza y la función del sueño están basadas sobre el intento de eliminar los estímulos psíquicos mediante la satisfacción alucinatoria (1916-17, p.125). Un componente de esta teoría teleológica funcional es la tesis de que el sueño, o el compromiso onírico, es el guardián del dormir, quien, sirviendo al deseo, mantiene el estado de dormir (1933a, p.18).

A través de una ampliación de los conceptos de deseo y satisfacción fue posible incorporar incluso aquellos sueños que parecían contradecir la teoría del cumplimiento de deseos. De este modo, la comprensión del sueño como un compromiso entre diferentes tendencias posibilitó adscribir la fuerza motivacional esencial para la formación del sueño manifiesto, a veces al deseo de dormir, otras veces al deseo de autocastigo. Esta ampliación fue necesaria a causa de los llamados sueños de autocastigo, que aparentemente contradecían la teoría del cumplimiento de deseos. Con ella, también éstos pudieron ser integrados a la

teoría, pues la necesidad de autocastigo se entendió como un deseo localizado en el superyó.

Del mismo modo, se pudo incorporar a la teoría teleológica funcional el hecho de que algunas personas a veces despiertan durante sueños angustiosos. Esto se logró a través de la hipótesis complementaria de que en las pesadillas el guardián del dormir se convierte en despertador, es decir, interrumpe el dormir para evitar que el sueño llegue a ser aún más terrorífico. En torno a esta función de emergencia, pueden ahora también acomodarse, teóricamente, diversos intentos de aplacar la angustia, como, por ejemplo, la conocida mitigación de la intranquilidad de la persona que sueña mediante el simultáneo caer en la cuenta: "¡pero si es sólo un sueño...!".

En la base de esta interpretación de los sueños de angustia, se encuentra el supuesto de la protección antiestímulo (Reitzschutz), y, en un sentido más amplio, la hipótesis económico-energética de Freud, contenida ya, por cierto, en la calificación del sueño como un intento de eliminación de los estímulos psíquicos mediante la satisfacción alucinatoria.

No es tarea fácil eliminar las contradicciones e inconsistencias en la explicación del soñar basadas en la teoría del cumplimiento de deseos. El hecho de que, a pesar de todo, Freud siguiera siempre considerando al deseo como el motivo motriz del soñar, se conecta presumiblemente con la heurística psicoanalítica. En la sección 3.1 hemos subrayado que hay buenas razones para que la heurística psicoanalítica se oriente de acuerdo con el principio del placer, es decir, según la dinámica de los deseos inconscientes (véase además las secciones 8.2 y 10.2). Sin embargo, es importante distinguir entre el descubrimiento de los deseos inconscientes, que el método psicoanalítico puede revelar, y la explicación del soñar y del trabajo del sueño como la expresión de deseos (véase sección 10.2). Los deseos y los anhelos seguirán influenciando la vida humana, día y noche, aun después de la muerte de la metapsicología y de su principio fundamental (la economía de la pulsión), lo que significa que no pueden seguir siendo vistos como el fundamento de la teoría del cumplimiento de deseos.

### **5.3.2 El sueño como representación de sí mismo y como solución de problemas**

Queremos ocuparnos ahora de las razones que llevaron a poner mucho más énfasis en la teoría del deseo que en lo que el sueño significa para las funciones yoicas de identificación, significación que puede ser también reconocida en muchos sueños. Ya en el Proyecto de psicología (1950a) encontramos la memorable sentencia: "Meta y término de todos los procesos de pensar es, entonces, producir un estado de identidad" (Freud 1950a, p.378; cursiva en el original). En algún sentido, con esta idea y a través de su contexto, se pone por primera vez en la mira un problema que va mucho más allá del marco del lenguaje onírico y que más tarde fue discutido en relación con el "sentimiento oceánico", esto es, el sentimiento de compenetración del hombre con el cosmos, llamado así por Romain Rolland.

Supongamos ahora que el objeto que brinda la percepción sea parecido al sujeto, a saber, un prójimo. En este caso, el interés teórico se explica sin duda por el hecho de que un objeto como éste es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir. Es que los complejos de percepción que parten de este prójimo serán en parte nuevos e incomparables -por ejemplo, sus rasgos en el ámbito visual-; en cambio, otras percepciones visuales -por ejemplo, los movimientos de sus manos- coincidirán dentro del sujeto con el recuerdo de las impresiones visuales propias, en un todo semejantes, de su cuerpo propio, con las que se encuentran en asociación con los recuerdos de movimientos por él mismo vivenciados. Otras percepciones del objeto, además -por ejemplo, si grita- despertarán el recuerdo del gritar propio y, con ello, de vivencias propias de dolor (Freud 1950a, pp.376s).

Recurrimos a este pasaje del Proyecto de psicología porque aquí la percepción visual y motora, de uno mismo y del otro, están unidas con la gratificación a través del objeto. En la teoría del sueño como cumplimiento de deseos, la satisfacción fue separada de los procesos cognitivos visuales. Este pasaje, que le da a Freud un lugar en la genealogía del interaccionismo simbólico, es para nosotros especialmente oportuno ya que quisiéramos destacar la gran importancia, por largo tiempo desestimada, que estos procesos tienen para la fundamentación empírica de una psicología del sí mismo. Piénsese en los hermosos versos de Cooley (1964 [1902], p.184; en inglés en el original): "Each to each a looking-glass reflects the others that doth pass" ("cada uno para el otro / un espejo que refleja / al que pasa frente a él"). En lo que sigue nos ocuparemos de las consecuencias de incorporar estos procesos a la teoría y práctica de la interpretación de los sueños. En esto queremos anticipar que, en la comparación con teorías alternativas, la teoría del cumplimiento de deseos se relativiza, sin perder por eso su significación heurística terapéutica. La teoría del cumplimiento de deseos tuvo que estar siendo constantemente equipada con hipótesis complementarias, a través de las cuales la significación del deseo, en el sentido del deseo como derivado pulsional, fue perdiendo en importancia, y esto, sin considerar el problema de su capacidad para explicar la polimórfica fenomenología del sueño (Siebenthal 1953; Snyder 1970).

En contraste con la teoría del cumplimiento de deseos, cuyas contradicciones internas lo llevaron a incorporarle muchas ampliaciones y correcciones, Freud nunca revisó la afirmación de que "la experiencia nos dice, y no he hallado excepción alguna, que todo sueño versa sobre la persona que sueña" (Freud 1900a, p.328). La formulación de la Interpretación de los sueños, que quisiéramos citar extensamente, vuelve a aparecer, casi textualmente, en escritos posteriores:

Los sueños son absolutamente egoístas. Toda vez que en el contenido onírico no se presenta mi yo, sino sólo una persona extraña, tengo derecho a suponer tranquilamente que mi yo se ocultó tras esa persona, por identificación. Estoy autorizado a agregar mi yo. Otras veces mi yo aparece en el sueño, pero la situación en que se encuentra me enseña que tras él, por identificación, se esconde otra per-

sona. El sueño me avisa entonces que en la interpretación debo transferir a mí algo referido a esa persona, y eso es lo común oculto. Hay sueños en que mi yo se presenta junto a otras personas, que, resuelta la identificación, se revelan también como mi yo. Debo entonces, por medio de esa identificación, unir con mi yo ciertas representaciones a cuya aceptación la censura se opuso. Por tanto, puedo figurar mi yo en un sueño varias veces, una vez directamente, y otras por medio de la identificación con personas extrañas. Y con varias de tales identificaciones puede condensarse un material de pensamientos enormemente rico. Que el yo propio aparezca en un sueño varias veces o se presente en diversas configuraciones no es, en el fondo, más asombroso que el hecho de que esté contenido varias veces en un pensamiento consciente, y en diferentes lugares o dentro de diversas relaciones, por ejemplo, en esta oración: "Si yo pienso en el niño sano que yo fui" (1900a, p.328; cursiva en el original).

En una nota Freud ofrece el siguiente consejo técnico: "Cuando estoy en duda acerca de cuál de las personas que aparecen en el sueño oculta mi yo, me atengo a la siguiente regla: Es la persona que en el sueño experimenta un afecto que yo, como durmiente, tengo" (1900a, p.328).

También en observaciones posteriores, en las que Freud afirma que la figura que juega el papel principal en la escena onírica es siempre la persona propia (1916-17, pp.130s y 1917d, p.222), es esto atribuido al narcisismo del dormir y a la pérdida total del interés por el mundo externo, en lo cual se iguala narcisismo con egoísmo. Incidentalmente, en este punto es posible establecer un vínculo con la teoría del cumplimiento de deseos, puesto que la autorrepresentación siempre incluye deseos. Así, en el soñante siempre moran deseos no cumplidos, sea por necesidades pulsionales no satisfechas, sea a causa de la fantasía creadora particular del hombre.

El narcisismo del dormir y la forma regresiva de pensar en los sueños pueden corresponder a una pérdida de interés en el mundo externo, si "interés" y "mundo externo" se entienden del modo que la separación entre sujeto y objeto pareciera prescribir. Creemos, sin embargo, que el interés se une al mundo externo en un sentido más profundo, eliminando la diferenciación entre sujeto y objeto, entre yo y tú, para llegar a la identidad por medio de la identificación. Si, sin perder esto de vista, volvemos a leer con especial atención el pasaje recién citado, se hace aún más claro que Freud está hablando de autorrepresentación a través de identificación, es decir, del establecimiento de afinidades. Con todo, el soñante es hasta tal punto egoísta, que puede dar rienda suelta ilimitada a sus pensamientos y deseos, sin ninguna consideración por los objetos animados o inanimados en referencia (lo que también vale para las ensoñaciones diurnas). Desde el punto de vista del desarrollo, el hecho de que la autorrepresentación en los sueños pueda hacer uso de otras personas, de animales y de objetos inanimados, puede ser atribuido a una indiferencia-ción primaria. Este es el origen del pensamiento y de los gestos y actos mágicos.

Históricamente, el psicoanálisis ha asignado al cumplimiento de deseos a través del objeto y al papel de las relaciones de objeto en los sueños, una mayor significación terapéutica y teórica que a la tesis básica de Freud que hemos destacado, de que el soñante siempre sueña consigo mismo (a menudo

representado a través de otras personas). Para explicar esta preferencia, creemos que en la historia misma del psicoanálisis pueden encontrarse otras razones, además de las ya citadas. La teoría del cumplimiento de deseos, en conjunto con la teoría pulsional que la fundamenta, sirvieron para distinguir el psicoanálisis de la teoría jungiana de los sueños. Jung introdujo primero el sí mismo (Selbst) como el elemento subjetivo, contrastando su comprensión "constructivista" con la visión reduccionista del psicoanálisis. Más tarde, amplió considerablemente su "método constructivista", lo que además cristalizó en un cambio terminológico:

Las interpretaciones que igualan las imágenes del sueño con objetos reales, las llamo interpretaciones en el nivel del objeto. Esta interpretación se opone a aquella en la que cada trozo del sueño y todos los actores se relacionan con el soñante mismo. Este proceder lo califico como interpretación en el nivel del sujeto. La interpretación en el nivel del objeto es analítica, pues descompone el contenido del sueño en complejo de reminiscencias que se refieren a situaciones externas. La interpretación en el nivel del sujeto es sintética, ya que ella libera los complejos de reminiscencias de las causas externas y los entiende como tendencias o componentes del sujeto, reincorporadas a él. (En toda experiencia experimento no meramente al objeto, sino, en primer lugar, a mí mismo, aunque, por supuesto, sólo en el momento en que me doy cuenta de mi vivencia.) En este caso, todos los contenidos del sueño son considerados como símbolos de contenidos subjetivos.

El procedimiento interpretativo sintético o constructivista se funda entonces en la interpretación en el nivel del sujeto (Jung 1964 [1912], p.83; cursiva en el original).

La aplicación del nivel del sujeto llega a ser para Jung el principio heurístico más importante, y las relaciones entendidas en un primer momento sólo en el nivel del objeto deben ser elevadas a aquél (1972 [1912], pp.94-95). Al mismo tiempo, el nivel del sujeto no considera el yo personal ni la representación de características subjetivas a través de otras personas, como tampoco el trasfondo biográfico de tales representaciones. Puesto que todo lo personal está incluido en arquetipos, la interpretación de ellos dará también a los objetos su sentido más profundo. De este modo, otras personas en el sueño no serán vistas como representantes del propio yo, sino como exponentes de arquetipos, es decir, esquemas que gobiernan la vida y determinan la forma que toman tanto los procesos personales afectivos cognitivos, como las experiencias interpersonales y el actuar. En la visión del hombre de Jung, el ciclo vital es entendido como una asimilación de imágenes arquetípicas inconscientes. En el centro de esta asimilación se encuentra el sí mismo (Selbst):

Los comienzos de toda nuestra vida psíquica parecen originarse inextricablemente en este punto [el sí mismo (Selbst)], y todas las metas más altas y últimas parecen conducir a él... Confío que al lector atento haya quedado suficientemente claro que el sí mismo (Selbst) tiene tanto que ver con el yo como el Sol con la Tierra (Jung 1972 [1928], p.236).

La teoría de los arquetipos de Jung y la teoría de los símbolos de Freud se encuentran en el punto en que Freud supone la existencia de estructuras de significado supraindividuales. Ya que la configuración de tales estructuras con seguridad depende de las experiencias impartidas, tanto en lo individual como en lo sociocultural, la interpretación psicoanalítica de los sueños no puede ver las autorrepresentaciones como emanaciones de contenidos arquetípicos. Algunos analistas, sin embargo, son de la opinión que las imágenes de sí mismo tienen contenido arcaico; esto puede ilustrarse en la afirmación de Kohut sobre el "sueño de estado-de-sí-mismo" (self-state dream).

Junto al tipo común y bien conocido de sueños, cuyos contenidos latentes (tales como deseos individuales, conflictos o intentos de solucionar problemas) pueden, en principio, ser verbalizados, Kohut cree haber descubierto un segundo tipo que él llama "sueño de estado-de-sí-mismo" (self-state dream). En estos sueños, las asociaciones no conducen a un entendimiento más profundo, sino, en el mejor de los casos, a imágenes que se mantienen en el mismo nivel que el contenido manifiesto del sueño. Exploraciones del contenido manifiesto y del enriquecimiento asociativo indican que las partes sanas del paciente reaccionan con angustia frente a cambios intranquilizadores en el estado del sí mismo (self), por ejemplo, frente a la amenaza de su desintegración. Como un todo, los sueños del segundo tipo deben ser entonces entendidos como representaciones de amenazas de desintegración para el sí mismo, lo que Kohut ilustra mediante los sueños de vuelo.

A modo de ejemplo, Kohut (1977, p.109) llama la atención sobre 3 sueños, que ya se encuentran en sus libros anteriores (1971, pp.4, 149). Someramente, los sueños de vuelo son para Kohut representaciones del sí mismo grandioso en situaciones altamente amenazantes, donde el peligro es la desintegración, la que él iguala con la aparición de una psicosis. De aquí se desprende la interpretación, que Kohut no quisiera se confunda con una maniobra de apoyo, según la cual distintos acontecimientos en la vida del paciente, incluyendo la interrupción del análisis, podrían reactivar antiguos delirios de grandeza. El paciente teme el resurgimiento de éstos, pero da a conocer, aun en el mismo sueño, su capacidad de superar el problema con humor (Kohut 1977, p.109). Kohut ve en el humor un tipo de sublimación y de conquista de los delirios narcisistas de grandeza, es decir, una suerte de distanciamiento (véase también en French y Fromm [1964] el concepto de "des-animación" como defensa y como medio de facilitar la solución de problemas).

Nada es más natural que ver los sueños de vuelo como autorrepresentaciones y como sueños de deseo. Para los hombres de hoy, a diferencia de Icaro, el volar es una experiencia real que se vive junto con el conocimiento de que el aire es todavía más traicionero que el agua. Con todo, antes de aventurar algo tan definitivo como la afirmación de que los sueños de vuelo son representaciones particularmente alarmantes del sí mismo grandioso, pensamos que se debería primero investigar en más detalle las consecuencias que tienen los desarrollos tecnológicos en la formación de esquemas inconscientes. Y más allá de las preguntas prácticas sobre técnica de tratamiento, tales interpretaciones muestran las consecuencias que pueden tener suposiciones teóricas que se toman como probadas. Para interpretar tales sueños, Kohut no necesita asociaciones, pues



ellas, supuestamente, se sitúan en un nivel arcaico de función. Nosotros creemos, sin embargo, que éste, al igual que la pregunta general acerca de la interpretación de los símbolos, es un problema no aclarado de la teoría psicoanalítica de la interpretación de los sueños.

Lüders (1982) distingue entre sueños de sí mismo y sueños de relaciones de objeto, aunque parece aceptar que los sueños donde aparecen personas en interacción pueden también interpretarse desde el punto de vista del sí mismo. El subraya que los sueños son interpretaciones, aunque sin la regulación y el control que, en la conciencia de vigilia, manifiestan y a la vez traicionan la actividad del yo.

En su concepción, la forma que los sueños toman está determinada por la contradicción entre el concepto de sí mismo y el sí mismo real, entre la capacidad de actuar imaginada y la actual. Este autor es de la opinión que el concepto de sí mismo no puede modificarse sin que esto afecte al sí mismo real, del mismo modo como tampoco la capacidad actual de actuar puede sufrir una modificación que no sea simbolizada. Los cambios pueden ser positivos o negativos, pueden haber expandido o restringido la capacidad de actuar. En ambos casos el soñante cae en la cuenta, a través de la interpretación, en qué condiciones reales está su sí mismo y qué potencial de conocimiento y acción tiene a su disposición en el momento del sueño, cómo se siente realmente, y en qué suerte de ánimo se encuentra. No importando que los sueños sean de vuelo o de caída, de muerte o nacimiento, sobre la madre del soñante o sobre el analista, todo sueño traduce individualmente la alteración, no percibida y no simbolizada, de la capacidad del soñante para actuar, y toda interpretación de un sueño clarifica y diferencia la imagen de sí mismo que él mismo se ha diseñado.

Con esta concepción de los aspectos del sí mismo de los sueños, Lüders subraya su función solucionadora de problemas, viendo el sueño manifiesto como una interpretación del soñante de su estado mental inconsciente y asignando una importancia central a la función integrativa de la interpretación del analista (como ya lo hizo French [1952, p.71]; véase también French y Fromm [1964]). Compartimos de manera particular la opinión categórica de Lüders de que "toda escena y persona es una metáfora que ilustra la dinámica invisible y no articulada y cuyo significado puede averiguarse sólo con la ayuda de las asociaciones y recuerdos del soñante. El lenguaje del sueño es privado y no universal" (1982, p.828).

Desde Freud hasta nuestros días, se ha ido atribuyendo al soñar un número creciente de funciones, esto es, se ha enriquecido la teoría del cumplimiento de deseos. Una extensión importante de la teoría de Freud es el planteamiento de French (1952) de que el sueño debe verse como un intento de solución de un problema, y que se debe considerar, no sólo el deseo mismo, sino también los obstáculos que se erigen en el camino de su cumplimiento y de su toma de conciencia. En la elaboración posterior de esta idea, French y Fromm (1964) ven dos diferencias mayores entre la teoría de Freud y la suya propia. La primera es el interés teórico unilateral de Freud en el deseo infantil, que para él constituye el motor esencial del trabajo del sueño. La segunda diferencia reside en el hecho de que la técnica de Freud de reconstruir el trabajo del sueño se limita esencialmente a seguir cadenas de asociaciones. French y Fromm, al contrario, no consideran

los procesos de pensamiento como una sucesión eslabonada de ítems separados, sino que consideran el pensamiento más bien como algo que procede en "Gestalten" (p.89; French y Fromm usan la palabra alemana en el original inglés). La función de "solución de problemas", que French y Fromm (1963) traen al primer plano, no es algo que se quede en lo general, pues solucionar problemas constituye una tarea personal, ubicua y nunca acabada, de cada individuo. En varios lugares de su libro, eso sí, limitan el término al nivel de la adaptación social, con lo cual dan a la función de solución de problemas un significado más específico, con énfasis en los conflictos interpersonales. La relación entre sueño e intento de solucionar problemas aparece en la obra de Freud después de 1905, en las Conferencias de introducción (1916-17, pp.203s):

En efecto, es enteramente cierto que el sueño puede subrogar todo eso y ser sustituido por todo eso que antes enumeramos: un designio, una advertencia, una reflexión, una preparación, un intento de solucionar una tarea, etc. Pero si ustedes lo miran bien, reconocerán que todo eso no es válido sino para los pensamientos oníricos latentes que han sido trasmutados en el sueño. Por las interpretaciones de los sueños se enteran ustedes de que el pensar inconsciente de los hombres se ocupa de esos designios, preparaciones, reflexiones etc., con los cuales después el trabajo del sueño confecciona el sueño.

Seguidamente, Freud se ocupa de aclarar ciertos conceptos, y pregunta: "Los pensamientos oníricos latentes son el material que el trabajo del sueño remodela en el sueño manifiesto. ¿Por qué a toda costa se empeñan ustedes en confundir el material con el trabajo que lo informa?" (p.204). En las reflexiones subsiguientes, Freud subraya, una vez más, la función de cumplimiento de deseos del sueño. La teoría de los sueños fue influenciada considerablemente por las especulaciones filosóficas concernientes a la compulsión a la repetición. La explicación alternativa y psicológicamente más plausible, que Freud contempló en el caso de los sueños de angustia, y de la cual, en contraste con la hipótesis de la pulsión de muerte, se pueden deducir medidas terapéuticas útiles, fue relegada a un segundo plano. Esto nos lleva a abogar, aún con mayor decisión, por una interpretación motivacional de los sueños de angustia repetitivos como intentos de conquista o dominio de situaciones traumáticas difíciles.

En la práctica, la introducción del concepto de instinto de muerte afectó sólo a aquellos analistas que lo incorporaron a la teoría clínica del psicoanálisis como una imagen latente del mundo o del hombre. La mayoría de los analistas siguieron la concepción alternativa de Freud para los sueños de angustia repetitivos, es decir, la interpretación, terapéuticamente muy fructífera y teóricamente plausible, de que éstos son intentos diferidos de dominio y, así, en un sentido amplio, intentos de solución de problemas. En su revisión de los sueños de examen, Kafka (1979) habla de una acción tranquilizante de éstos (reassuring function), y los entiende como una forma transicional entre los sueños traumáticos y los sueños de angustia.

Del mismo modo como los sueños de castigo, que contradecían la teoría del cumplimiento de deseos, fueron acomodados a ella por medio de una ampliación del concepto de deseo y por la localización de éste en el superyó, los sueños de

angustia recurrentes podrían haber sido incorporados en la teoría ampliada, adjudi-cando al yo una necesidad, análoga a un deseo, de control y vencimiento (Weiss y Sampson 1985). Aunque avistada por Freud, esta alternativa no se ha desarrollado teóricamente, lo que es muy sorprendente considerando que ha sido usada intuitivamente por muchos analistas y que puede ser validada clínicamente sin mucha dificultad.

La experiencia muestra que si, paralelamente al aumento en la confianza en sí mismo (sentimiento de sí, etc.), se reelaboran los antiguos determinantes de la angustia, entonces los estereotipos, es decir, sueños repetitivos de angustia que tienen por tema situaciones traumáticas, tienden a desaparecer. De la misma manera, los síntomas pueden mejorar en la medida en que éstos sean tratados como originados en tales situaciones y como manifestación de estos determinantes inconscientes especiales (véase Kafka 1979).

Aunque Freud no vaciló en explicar psicológicamente los sueños de castigo, es decir, el deseo y su satisfacción que los causan, como originándose en áreas no pulsionales de la mente, se arredró frente a seguir ampliando la teoría del cumplimiento de deseos. El había sido capaz de acomodar los sueños de castigo en el superyó sin abandonar su sistema. Sin embargo, asignar a la solución de problemas un carácter análogo al deseo, habría hecho estallar el sistema, pues la solución de problemas habría llegado a ser un principio superior de regulación, y los deseos pulsionales, como partes integrantes de la autorrepresentación, habrían tenido que subordinarse a él.

¿Qué pudo haber conducido a Freud a no considerar los sueños de angustia, consecuentemente, como intentos de cumplimiento de deseos, en el sentido del vencimiento, es decir, como trabajos del yo, mientras que no vaciló en atribuir a los sueños de castigo motivos provenientes del superyó? Nuestra sospecha es que la modificación introducida por la teoría dualista y la reforma del modelo topográfico en la teoría estructural creó tantos problemas (Rapaport 1967), que la teoría de los sueños hasta el día de hoy permanece sin haber sido completamente integrada en la teoría estructural (Arlow y Brenner 1964). Por ejemplo, en base a la teoría estructural, habría sido lo más natural postular, también en los sueños, una función yoica de vencimiento de la angustia y ver en las recurrencias intentos de solucionar problemas. Ya Freud mismo había ofrecido un ejemplo convincente de solución de problemas, en un sueño que interpretó en Fragmento de análisis de un caso de histeria (1905e). En notas a las ediciones de 1914 y 1925 de la Interpretación de los sueños (1900a, p.570 y 502) y en las Conferencias de introducción (1916-17, p.216-7) describió en términos muy positivos la solución de problemas en los sueños como una continuación del pensar de vigilia en un nivel preconscious.

A. Garma ha desarrollado una teoría onírica que parte de una hipótesis intermedia entre la teoría del cumplimiento de deseo, la del sueño como solución de problemas y la del sueño como representación de sí mismo. Este autor argentino, que ha investigado en el tema a lo largo de más de 40 años, plantea la génesis traumática del sueño. Para él, el sueño muestra al soñante una representación dramática de sus propios conflictos, representación generalmente distorsionada por los mecanismos psíquicos que intentan evitar el reconocimiento de situaciones que provocan angustia. Los conflictos no resueltos que requieren de distorsión se

deri-van de experiencias heredadas y de experiencias infantiles, las cuales se condensan en torno a un resto diurno. Algunos discípulos de Garma no están de acuerdo con la existencia de conflictos heredados (herencia filogenética en el sentido de Freud), aunque todos sostienen su punto de vista de que el sueño es un intento fallido (y por eso distorsionado) de resolver una situación conflictiva traumática, cuyo origen se localiza tanto en el pasado como en el presente.

Garma resume así su teoría:

1. El sueño parte de una o de varias situaciones desagradables que el sujeto es incapaz de dominar o elaborar de un modo normal, y que, siguiendo a Freud, hemos llamado situaciones traumáticas.
2. En el sueño el sujeto está psíquicamente fijado a estas situaciones traumáticas.
3. El sueño es una tentativa, generalmente eficaz, de vencer el desagrado psíquico originado por las situaciones traumáticas.
4. La tentativa de vencer el desagrado psíquico se efectúa mediante la satisfacción de deseos.
5. El aspecto alucinatorio del sueño se debe al influjo de las situaciones traumáticas y no al influjo de los deseos que se satisfacen. (Garma 1974, pp.139s).

A la verdad, Freud permaneció escéptico frente a los intentos de adscribir al trabajo del sueño un carácter creativo (1923a, p.238). El hecho de que él, a pesar de todo, se adhiriera a la idea de reducir el sentido de los sueños a un tipo simple de pensamiento (es decir, el intento de cumplir los deseos), lo atribuimos a un principio básico inmanente a su sistema y que fijó su orientación científica, que se origina en su antropología latente, es decir, en su imagen del hombre y el mundo. Nos referimos a su intento de reducir los fenómenos psíquicos, y con ellos la génesis, sentido y naturaleza de los sueños, en último término a procesos corporales. Sin lugar a dudas, las necesidades y deseos se refieren estrechamente a la pulsión, como a un concepto fronterizo entre lo psíquico y lo somático, por lo que el sueño fue también entendido como descarga de estímulos internos. Con todo, el que Freud encontrara una confirmación de su imagen latente del hombre en la práctica, es decir, en la interpretación de los sueños, no puede descartarse como si hubiera encontrado huevos de Pascua escondidos por él mismo, o, dicho de otra manera, como una confirmación de prejuicios y presupuestos. Pues, aun cuando no es posible seguir sosteniendo la teoría del cumplimiento de deseos, en el sentido de descarga pulsional, queda ciertamente en pie el principio heurístico de primer orden de considerar todas las manifestaciones psíquicas, y con ellas también el sueño, como expresión de deseos y necesidades. Cuando se ignora este principio regulador, se pierde algo esencial.

#### **5.4 La teoría de la representación de sí mismo y sus consecuencias**

En esta sección quisiéramos resumir la tesis de Freud de que todo sueño representa al soñante mismo y sacar algunas conclusiones de ella, con lo cual la hacemos nuestra y la continuamos desarrollando. Las contradicciones de la teoría psicoanalítica del sueño (el trabajo del sueño) surgen del hecho de que en la

traducción terapéutica (el trabajo de interpretación), el sentido que se encuentra detrás del contenido manifiesto no se da sin que el soñante oponga resistencia. Detrás del trabajo interpretativo se encuentra el problema de la relación entre los pensamientos oníricos latentes revelados por la interpretación y el contenido onírico manifiesto (esto es, entre el sueño latente y el manifiesto).

En los intentos de traducción surgen algunas inconsistencias, porque Freud supuso un tipo de relación genética, en la que el pensamiento, fenómeno más tardío desde el punto de vista psicológico evolutivo, fue subordinado al modo figural arcaico de expresión, en la forma de un deseo latente simultáneamente operante. A este respecto, la siguiente afirmación es característica: "Ven, además, que por este camino se vuelve posible crear en el sueño manifiesto imágenes sustitutivas para toda una serie de pensamientos abstractos, imágenes que sirven al propósito del ocultamiento" (1916-17, p.111; la cursiva es nuestra).

Es totalmente evidente que Freud está aquí ocupado, como en realidad en toda obra, de la relación entre las etapas preliminares y la forma final, es decir, del tema de la transformación, y del problema de la divergencia y del desarrollo de las conexiones psíquicas. Las contradicciones antes mencionadas también se relacionan, en último término, con la gran dificultad que surge en la comprensión de las reglas de transformación y sus determinantes, cuando deseo, imagen y pensamiento, o, afecto y percepción, han sido separados unos de otros, a pesar de pertenecer a una misma unidad de experiencia. Piénsese, por ejemplo, en la transformación del deseo en el "cumplimiento alucinatorio del deseo". Ya que en la cadena de acontecimientos supuesta por la teoría se subordina el deseo infantil primario al pensamiento latente, podría esto también verse como un problema de transformaciones, lo que podría explicar las afirmaciones contradictorias concernientes a "manifiesto" y "latente". Si se habla, abreviadamente, de sueño latente, y se entiende bajo éste el sentido revelado a través de la interpretación del sueño manifiesto, sin intentar localizar el sentido mismo en un estadio previo que se supone existió realmente, no es necesario ocuparse de problemas que conducen a soluciones insuficientes, a la vez que se recobra un acceso a la forma peculiar del pensar onírico.

W. Bucci (1987) deriva las contradicciones immanentes a la teoría de Freud del modelo neurofisiológico obsoleto implícito en ella, es decir, de la idea de la dominancia verbal, donde la representación onírica figural es un modo inherentemente regresivo y anormal. La teoría alternativa que Bucci propone, desarrollada a partir de modernas investigaciones empíricas en el área de psicología cognitiva y que ella llama "teoría del doble código", intenta solucionar las contradicciones postulando la existencia de dos códigos de igual rango, el verbal y el no verbal. En ambos sistemas se puede asentar el pensar maduro y racional, siendo el código no verbal el lugar propio de las estructuras emocionales y de otros tipos de pensar holístico que proceden con información sincrónica a través de canales múltiples en paralelo. El cerebro percibe y elabora la realidad simultáneamente en ambos códigos, aunque distintos aspectos de la realidad tengan preferencia por uno u otro. Ambos sistemas, con diferentes contenidos y con principios organizativos distintos, se conectan entre sí y se afectan mutuamente a través de vínculos referenciales (referential connections) que son conexiones bidireccionales y que nos permiten nombrar lo que vemos, oímos o sentimos; es

decir, nos permiten traducir nuestra propia experiencia en palabras y, correspondientemente, entender las palabras ajenas en términos de experiencias no verbales propias. El proceso de dar palabras a las experiencias implica la transformación de un sistema de información analógico, en canales múltiples, a otro de un solo canal con formato verbal digital y la reformulación de la información en términos de una banda secuencial de elementos discretos. Este proceso de transformación es fluctuante en su competencia, en función de situaciones interpersonales y de estados somáticos o emocionales. Los vínculos referenciales son entonces el campo de acción de los mecanismos de defensa. De acuerdo con esta teoría, el sueño latente no se refiere a pensamientos de la vigilia anteriormente reprimidos por conectarse con deseos prohibidos, sino a experiencias presentes, que activan durante el día estructuras emocionales y que, por lo tanto, son codificadas en el sistema no verbal, cuya integración con experiencias similares pasadas se produce durante la fase REM, siempre de un modo no verbal, es decir, a través del lenguaje figural pictórico. El lenguaje figural es entonces la expresión primaria y propia de emociones complejas, como deseos, creencias y expectativas, y de otras vivencias holísticas sensoriomotoras, representacionales, matemáticas, etc., que no pueden ser expresadas de modo verbal. Al revés, Freud pensaba que los pensamientos de vigilia (el contenido latente), básicamente deseos inaceptables, son traducidos desde el modo discursivo al modo figural arcaico. En la teoría del doble código, el sueño manifiesto es entonces la manifestación no verbal, pictórica, del proceso de integración (trabajo del sueño) entre la experiencia reciente y las experiencias almacenadas en la memoria no verbal, proceso que alcanza una primera verbalización a través del relato. Finalmente, es sólo a través del trabajo asociativo del paciente y por la interpretación analítica, como estas experiencias, primariamente percibidas, almacenadas y en un primer momento elaboradas en el código no verbal, logran, por primera vez, un sentido en términos verbales, que las relaciona con deseos, creencias y expectativas hasta ahora inconscientes. Las asociaciones del paciente extraen su material de experiencias anteriores que a su vez provienen, a través de conexiones referenciales, de ambos sistemas, el no verbal y el verbal. La teoría de Bucci, al eliminar la primacía del pensamiento verbal, hace innecesaria la hipótesis freudiana del "zig-zag" entre el sistema verbal y el no verbal y entrega al trabajo analítico una función primaria creadora de sentido. De acuerdo con esto, la transformación verdaderamente relevante desde el punto de vista terapéutico se produce entre el sueño relatado y el sueño interpretado, donde éste último agrega un sentido que nunca antes estuvo en la mente, consciente o inconsciente, del paciente. El sueño, como producto psíquico, se entiende entonces como una forma privilegiada (por las conexiones que ofrece) de representación de sí mismo.

Ya hemos indicado qué procesos psicológicos evolutivos crean las condiciones para que todo sueño contenga la persona del soñante. Ahora bien, muchas preguntas de detalle quedan abiertas si escogemos la formulación de que el sueño es una representación de sí mismo en la cual está implicado el soñante, por lo menos en cuanto expresa (en lenguaje figural) un trozo de su visión subjetiva del mundo. La visión subjetiva de sí mismo y de la parte de su vida representada en el sueño está, independientemente de la regresión, orientada al yo. Los demás

personajes dramáticos, sus palabras y comportamiento, son puestos en escena e inventados libremente por el dramaturgo, por lo menos cuanto no es posible que, efectivamente, contradigan las caracterizaciones del autor del sueño y su presentación escénica.

El que, con todo, el autor no sea al mismo tiempo libre en la elección del material y los medios de representación, y que éstos, de hecho, estén en gran medida predeterminados de manera independiente, se debe a las limitaciones siguientes:

En tanto no haya pensamientos que se nos impongan por sí mismos irresistiblemente en la vigilia o en las enfermedades neuróticas o psicóticas, nos sentiremos como señores de nuestra propia casa y suficientemente libres como para optar entre diferentes posibilidades. Aun cuando el rango de elección está, en realidad, bastante restringido por factores externos e internos, y aunque desde un punto de vista motivacional nuestro libre albedrío pareciera disolverse en la dependencia, podemos aún reclamar, al menos subjetivamente, la posibilidad de elegir entre hacer esto y no hacer aquello. Si fuera de otra manera, no seríamos capaces de alcanzar la meta ideal del psicoanálisis, cual es aumentar, por medio del entendimiento (Einsicht) de los determinantes del pensar y del actuar, el margen de libertad individual y la capacidad de responsabilizarse de sí mismo y del prójimo, es decir, la meta de liberar al paciente de las consecuencias inevitables de los procesos inconscientes.

En los sueños, se pierde el sentimiento subjetivo de ser el amo en la propia casa y de ser, al menos potencialmente, libre. Esta pérdida se hace especialmente vivida, cuando, tras penosa lucha por despertar y sumidos en un total desamparo, logramos superar los sueños angustiosos y devolver así a nuestro yo su señorío. La reducción de la resistencia de represión, junto con los procesos que Freud describió y que configuran la formación onírica (trabajo del sueño), permiten la emergencia de áreas de vida psíquica inconscientes que el yo preferiría no reconocer y en contra de las que erigió las barreras. Uno de los principios generales y establecidos del psicoanálisis dice que estos afanes inconscientes producen, no obstante, síntomas, precisamente porque ellos vuelven por la puerta trasera y arrebatan el poder y la libertad al amo de la casa. Es controvertible, sin embargo, que este principio general para la vida humana siga siendo válido en algunos contextos especiales, como por ejemplo, cuando se trata de ciertas psicopatologías individuales o en la historia de las colectividades.

Desde un punto de vista dinámico, se tiende naturalmente a examinar más de cerca los efectos que la reducción de la resistencia de represión durante el sueño tiene en el mundo de deseos del soñante. Ya que por su misma naturaleza los deseos están dirigidos a objetos y se esfuerzan por lograr satisfacción, y ya que la imaginación humana no tiene límites, es decir, va siempre más allá de la gratificación inmediata de las necesidades vitales, es inevitable que surgan frustraciones. A causa de la significación básica de los deseos, cuyo cumplimiento, presumiblemente aun en el paraíso, se quedaría corto frente a la fantasía (para no hablar de las situaciones reales de denegación, o del tabú del incesto que probablemente es el único tabú que trasciende casi todos los límites socioculturales y que tiene validez universal [Hall y Lindzey 1968]), no es de extrañarse que Freud restringiera la consideración práctica terapéutica del sentido de los sueños a la representación de deseos. Por un lado, el mundo del

deseo es inagotable y, por el otro, hay siempre restricciones, prohibiciones y tabúes que hacen fracasar su cumplimiento. Así, son tantas las dolorosas mortificaciones, imaginadas o genuinas, que penden de los de-seos y que se pueden nutrir permanentemente del excedente de fantasía, que en con-tra de su reconocimiento y toma de conciencia se erige una resistencia especial-mente intensa. Por esto, Freud atribuyó al censor onírico una función encubridora, capaz de escribir en clave, y que sólo permite el intento de cumplir un deseo. No puede haber deseo o pulsión divorciado del sujeto, incluso en condiciones en las que el sujeto no se experimenta a sí mismo con un sentido de identidad yoica, por ejemplo, cuando es lactante; aun en esa condición será tratado como un ser hambriento y nombrado como tal ("lactante"). En un sentido, expresar el hambre a través del llanto es la representación de sí mismo que se adecua a la edad del sujeto y, aunque ésta no sea entendida como tal por el lactante mismo, los demás sí lo hacen. Es desde luego posible que un adulto se ponga en el lugar del niño, a pesar de que nuestras teorías sobre su manera de ver y de experimentar las cosas estén construidas desde el punto de vista del adulto. Ya que éstas atañen a la fase pre-verbal del desarrollo, las construcciones y reconstrucciones del mundo interno del niño no pueden basarse en información verbal, lo cual plantea problemas espe-ciales de verificación científica que aquí no podemos profundizar. Mencionamos la posibilidad, por lo demás frecuentemente actualizada, de la "confusión de lenguas entre adultos y niños" (Ferenczi 1955 [1933]), porque qui-siéramos a continuación adentrarnos en la relación entre el modo infantil de ver el mundo y el pensamiento adulto, usando para esto el ejemplo de la traducción del "lenguaje onírico infantil" al lenguaje del pensar de la vigilia. Hay que decir, eso sí, que seguimos ocupados del tema de la traducción de un lenguaje a otro, aun cuando el sueño, como una forma especial del pensar, no se caracterice, hasta el extremo que Freud supuso, por infantilismos y por elementos de recuerdo teñidos peculiarmente. El hecho de que vivimos entre dos mundos, el del lenguaje diurno normal y el del lenguaje onírico nocturno, ha sido fuente de desasosiego desde tiempos inmemoriales. Un aspecto importante del arte del intérprete de sueños era su capacidad de interpretar el lenguaje extraño y el mundo de los sueños de tal manera, que su contenido pudiera ser armonizado con los deseos e intenciones conscientes del soñante. Durante el sitio de Tiro, Alejandro Magno soñó con un sátiro danzante, sueño que el intérprete de sueños Aristandro interpretó como sa Tyros: "Tiro será tuya" (Freud 1916-17, p.216). Es difícil discutir que Aristandro había logrado una cierta intelección del mundo desiderativo de Alejandro y que probablemente ya intuía algo de la función de autocumplimiento de las profecías. ¡Si hasta se puede pensar que la profecía atrajo la suerte posibilitando, precisamente, que Alejandro Magno y su ejército lucharan con una meta clara!

Acercarse al lado nocturno de nuestro pensar desencadena siempre extrañeza, aun cuando el paciente sólo se mueva alrededor del contenido manifiesto y la tarea de hallar el sentido del sueño sea dejada enteramente a él, sin perturbar su propia in-terpretación del mismo. Incluso pacientes que están fuertemente motivados por la curiosidad y que se inclinan, en base a la experiencia previa, a suponer una función creativa al soñar, se sienten sorprendidos por lo siniestro de algunos sueños. A menudo es posible entender su extrañeza en el contexto de



alguna forma de resistencia y así capacitarse para ofrecer significados que permitan superarlas. Ya que esto ocurre tan común y regularmente, preferiríamos describir estas formas resistenciales usando el término más general de "resistencia de identidad" (véase capítulo 4). Nos referimos a la resistencia que surge de la adherencia del paciente a la imagen consciente de sí mismo y del mundo, es decir, la adherencia a su identidad previa.

La resistencia de identidad no se dirige sólo hacia afuera, en contra de las opiniones y la influencia de otros, en especial del analista, sino también hacia adentro, particularmente en contra de representaciones oníricas diferentes de sí mismo y del mundo. A este aspecto interno se refiere Erikson cuando habla de la resistencia de identidad y del miedo frente a los cambios en los sentimientos de identidad (1968, pp.214-215). La resistencia de identidad la describe en el contexto de la fenomenología de la difusión de identidad, propia de la pubertad y de la adultez joven.

En los pacientes que se adhieren rígidamente a su visión consciente de las cosas y que por eso oponen una gran reserva frente a representaciones diferentes de sí mismo en los sueños, el motivo de esta resistencia es muy diferente. Parece obvio que estos dos grupos tan distintos psicopatológicamente, tanto por la edad como por los síntomas, requieran de tratamientos diversos. El sentido común nos indica que debiéramos comportarnos de manera diferente cuando queremos estabilizar límites de identidad que están desdibujados y confundidos, que cuando se trata, en el otro extremo, de romper barreras que han llegado a ser rígidas y casi insuperables. Este proceder terapéutico diferenciado se puede fundamentar teóricamente.

Sin lugar a dudas, el cumplimiento de deseos a través del objeto y la relación de objeto en el sueño tienen en el psicoanálisis una significación terapéutica y teórica mayor que la tesis central de Freud, que hemos destacado, de que el soñante siem-pre se representa a sí mismo, a menudo mediante otras personas.

Las reflexiones anteriores sobre identidad y resistencia de identidad nos llevan ahora a considerar el concepto de identificación en el sentido del "así como" (Freud 1900a, p.325). Con esta expresión, Freud afirma que una persona onírica puede estar compuesta de partes provenientes de diferentes personas y dice que las "formaciones mixtas de personas" (p.326) no pueden distinguirse nítidamente de la identificación. Cuando la construcción de una persona mixta fracasa, otra persona aparece en el sueño.

Hemos atribuido la suposición de Freud (1923c, p.122) de que el yo del soñante puede aparecer más de una vez en el mismo sueño -a veces en persona, a veces encubierto detrás de otras- al supuesto de una conversión directa, por el lenguaje onírico, de afinidades o semejanzas en imágenes visuales: en vez de poner en palabras el pensamiento "yo soy semejante a..." o "quisiera ser como...", el soñante representa escénicamente la persona con cuya belleza, fuerza, agresividad, potencia sexual, inteligencia o finura quisiera identificarse. Estos procesos multifacéticos hacen posible el desarrollo humano y el aprendizaje según modelos. Se podría decir que la satisfacción pulsional asegura la sobrevivencia animal y que sólo la identificación garantiza la humanización en un contexto sociocultural dado. Por esta razón, estamos de acuerdo con Freud cuando otorga a la identificación pri-maria una significación constitutiva básica para el desarrollo

humano, como forma directa, a la vez originaria y temprana, de vínculo de sentimientos con el objeto (Freud 1921c p.101; 1923b, p.33).

La laboriosidad con que el soñante reparte las propias visiones, intenciones o comportamientos entre muchas personas, guarda probablemente relación con la irreductibilidad de las estructuras formales de este lenguaje peculiar, cuya composición se acerca a la de los jeroglíficos (relatos a través de ilustraciones), género que, por lo demás, tuvo un período de florecimiento en la Viena de fines de siglo. Este colorido local pudo haber influido en la comparación de Freud de la estructura del sueño con el jeroglífico, comparación que incluso Wittgenstein aprobó, a pesar de su conocida hostilidad en contra del psicoanálisis.

Parece lógico calificar como proyección la representación a través de otra persona, aunque creemos que la profundidad de la representación de sí mismo a través de otros se vería limitada si se la atribuyera sólo a una proyección, en lo general, o a una defensa, en lo particular. Sin embargo, no es infrecuente que al soñante le cueste reconocerse en los otros, o que vea la paja en el ojo ajeno sin notar la viga en el suyo propio. La regresión onírica a niveles de desarrollo primitivos permite intercambiar sujeto y objetos. La diferenciación entre yo y no-yo, entre sujeto y objeto, no se ha completado todavía en esta fase (por lo demás, esta diferenciación no se termina nunca de completar, aun en el adulto sano, lo que permite la felicidad mutua compartida y, por supuesto, el "sentimiento oceánico"; véase además Thomä 1981, pp.99s).

En este contexto quisiéramos traer nuevamente a colación las sólidas investigaciones de Foulkes (1982), ya citadas, que muestran que los relatos de sueños de niños entre 3 y 4 años describen acciones realizadas por otras personas. En esta edad los niños viven entonces predominantemente de la identificación y no de la proyección.

En contraste con su firme suposición de que la función del soñar es la representación de deseos, Freud rechazó más tarde, por especulativa, la posición de "que todas las personas que aparecen en el sueño deban considerarse como segregaciones (Abspaltungen) o subrogaciones (Vertretungen) del propio yo" (1923c, p.122; la cursiva es nuestra). Surge la pregunta: ¿quién representaba esta posición? En nuestra opinión, la crítica de Freud pudo haber estado dirigida a la interpretación de Jung en el nivel del sujeto. Como alternativa, se podría pensar que esta opinión era también sostenida por otros psicoterapeutas, o que, por aquel entonces, ya se había introducido en el movimiento psicoanalítico.

Finalmente, también es posible que Freud, sin un motivo actual, quisiera de antemano precaver en contra de una radicalización o absolutización de tal punto de vista. Consistentemente a través de toda su obra, Freud se adhirió a la concepción de que el soñante puede aparecer más de una vez en un sueño y ser encubierto por otras personas. Pero una absolutización de esta concepción habría restado abarcamiento al principio heurístico de encontrar, siempre que sea posible, la raíz infantil que motiva el deseo onírico.

Una teoría absolutista de la representación de sí mismo la pondría en rivalidad con la teoría de cumplimiento del deseo, como idea conductora de la interpretación psicoanalítica de los sueños. En la práctica terapéutica, sin embargo, la interpretación de los sueños estaba tan lejos de realizar este ideal a principios de los años veinte como cuando Freud escribió La interpretación de los

sueños, donde ya había considerado esos otros puntos de vista, que, por lo demás, habían mostrado su valor en la comprensión del caso Dora. En otras palabras: en los esfuerzos por encontrar deseos latentes, especialmente el deseo onírico infantil, se fueron sucesivamente descubriendo otros aspectos de los sueños y de sus significados, y, entre ellos, las funciones de solución de problemas y de dominio de conflictos. En la interpretación práctica de los sueños se dio siempre una colorida variedad, aunque nunca la tendencia de reemplazar la teoría de cumplimiento del deseo por una teoría de la representación de sí mismo igualmente abarcativa.

En este punto, es importante nuevamente recordar que Freud atribuyó la posibilidad de la representación de sí mismo a través de muchas personas a la regresión en el sueño. A causa de ésta se facilita el "tráfico de frontera" entre yo y tú, entre sujeto y objeto, y los hace intercambiables en el sentido de una identificación recíproca en el drama onírico. La emergencia de deseos mágicos permite, igual que en los cuentos, transformar a voluntad los objetos en el sueño. Ser y tener, identificación y deseo, no son entonces opuestos, sino dos aspectos del proceso onírico.

En vista de esto, es lógico buscar el destinatario de la crítica de Freud fuera del movimiento psicoanalítico y encontrarlo en la interpretación en el nivel del sujeto de Jung. Aun cuando nuestra suposición sea equivocada, confiamos haber incurrido en un error productivo para la discusión de nuestro tema. Por razones históricas y prácticas, cualquier discusión de la representación de sí en los sueños debe incluir tanto la interpretación al nivel del sujeto, íntimamente ligada al concepto jungiano del sí mismo (Selbst), como la interpretación de psicología del self de Kohut, en términos de narcisismo.

El que la teoría de la representación de sí mismo ha seguido desarrollándose en el interior del movimiento analítico, podemos comprobarlo, por ejemplo, en los trabajos de M. Masud Khan (1974, 1976). Este autor plantea, partiendo de las ideas de Winnicott (1971a), que el sueño representa el establecimiento de un espacio onírico, donde el soñante puede crear, afirmar o negar nuevas experiencias. El carácter del sueño como área experimental para el sí mismo, está dado, más que por el texto onírico, por la experiencia onírica misma: "La experiencia onírica es una totalidad que actualiza el sí mismo de maneras desconocidas" (M. Khan 1976, p.328). Esta experiencia, que pertenece al "área privada" del self, está más allá de la anécdota del sueño y más allá de la posibilidad de ser interpretada como tal.

## **5.5 La técnica de la interpretación de los sueños**

Con la concepción del sueño como medio de representación de sí mismo, quisiéramos fundamentar una comprensión ampliada del soñar que nos saque de la insalvable contradicción inherente a la teoría del deseo. En los pensamientos y deseos oníricos latentes vemos elementos inconscientes del sí mismo, que tienen una considerable participación en el conflicto y que también contienen una descripción del problema, quizás hasta un intento de resolverlo en el mismo sueño.

También vemos representaciones del soñante sobre sí mismo, su cuerpo, sus patrones de conducta, etc. La relación entre la solución del problema en el presente y la que se dio tempranamente en la historia vital, no sólo revela deseos y conflictos reprimidos, sino también acciones probatorias relativas al futuro. Si el sueño se entiende como una representación de sí mismo en todos los aspectos concebibles, el analista estará más capacitado para captar aquello que es más importante para el soñante y evaluará sus interpretaciones no sólo por lo que éstas contribuyen a entender cómo el paciente actualmente funciona, sino también, y con mucha mayor importancia, por la consideración de cuánto ellas lo ayudan a alcanzar maneras nuevas y mejores de ver y de actuar. No importando lo vital que sea el pasado del soñante, con todos sus obstáculos e impedimentos, su vida se desenvuelve en el aquí y ahora y se orienta hacia el futuro. La interpretación de los sueños puede de esta manera contribuir considerablemente al cambio del presente y del futuro.

Antes de poner la atención en la interpretación de los sueños en sentido estricto, queremos plantear algunas preguntas relativas al recuerdo de los sueños y al relato que de ellos hace el paciente. La utilidad terapéutica de los sueños no se restringe, sin embargo, a la sola interpretación con ayuda de asociaciones, es decir, a la revelación de los pensamientos oníricos latentes. Monchaux (1978) considera la función de soñar, así como el relato de los sueños (en el sentido de deseo inconsciente y defensa en la relación transferencial) tan importantes para el soñante como el sueño mismo.

Diversos autores han destacado la relación existente entre la capacidad de soñar, la estructura del sueño mismo y la manera como el sueño se integra en la experiencia diurna, por un lado, y la psicopatología del paciente, por el otro. Blum (1976) plantea al respecto:

La diferencia entre relatar sueños, asociar con ellos y usarlos al servicio del análisis, puede verse rápidamente en los pacientes fronterizos. El sueño puede ser relatado sin asociaciones o con suposiciones y expectativas mágicas. El sueño mismo puede ser un despliegue narcisista o representar transferencias primitivas preedípicas (simbióticas, narcisistas, omnipotentes, etc) que dominan la relación transferencial. Los sueños y los ensueños diurnos pueden ser usados como ensoñamiento y retirada narcisistas. Pacientes con relaciones de objeto y con la realidad defectuosas, que no son capaces de distinguir entre el sueño y los acontecimientos reales, pueden relatar sueños inusualmente vívidos que tienen un efecto residual persistente durante la vida de vigilia, o pueden creer que el sueño influirá la realidad (Frosch 1967; Mack 1970). En estos pacientes, el así llamado acting out de los sueños se relaciona con el hecho de que se comportan como si vivieran en un sueño o con una exteriorización de fantasías e impulsos inconscientes (Blum 1976, p.317).

El hecho (que a veces ha sido destacado críticamente) de que el relato onírico del paciente tenga o llegue a tener una clara semejanza con la orientación teórica de su analista, no es ninguna prueba para la teoría del analista, sino una demostración de que paciente y analista se influyen mutuamente. Nadie debiera extrañarse de que ambas partes se acerquen a propósito del relato, de la

exploración conjunta y de la eventual comprensión del sueño. La productividad de un paciente en relación al relato de sueños está naturalmente también muy determinada por la manera en que el analista reacciona ante tales relatos y por la forma en que el paciente percibe el interés del analista en ellos. Thomä (1977) ha mostrado claramente que este acerca-miento mutuo no es el resultado de la sugestión terapéutica. Para que un paciente sea capaz de relatar un sueño, es necesario que se sienta suficientemente seguro en la relación terapéutica. Hohage y Thomä (1982) ofrecen una breve exposición del juego recíproco entre constelación transferencial y la posibilidad para el paciente de ocuparse de los sueños. Baranger (1969, p.187), al igual que muchos analistas latinoamericanos, considera el sueño en el contexto de la comunicación interpersonal entre paciente y analista:

El uso de la comunicación por medio de sueños y la producción onírica misma varía enormemente de un analista a otro, dependiendo de la actitud técnica del analista hacia los sueños. Es verdad que los analizandos se expresan a través de material de sueños, en mayor o menor medida, de acuerdo con sus características individuales, pero también es un hecho que el sueño analizado depende, en mayor o menor medida, del interés del analista en los sueños, de la misma manera como este interés cambia dependiendo de los analizandos. Podemos concluir que se produce un condicionamiento recíproco y dialéctico entre la orientación técnica del psicoanalista en relación a los sueños y la mayor o menor propensión de los analizandos de expresarse a sí mismos por medio de material onírico (citado por Plata-Mujica 1976, p.339).

Grunert (1982) argumenta en contra de las restricciones inherentes a la opinión de Freud que el sueño manifiesto solo, sin asociaciones, no sirve para la interpretación. Ella escribe: "En contraste con la práctica de Freud, el analista no debiera temer considerar seriamente la imaginaria y los sucesos manifiestos en el sueño y las emociones y afectos acompañantes o simbolizados". De esto se sigue que también es posible interpretar consecuentemente. Por lo demás, la significación técnica del contenido manifiesto como tal ha sido destacada desde hace tiempo, a propósito de los sueños típicos. Por ejemplo, B. Lewin (1946, 1955 y 1958) introdujo el concepto de "pantalla del sueño", según el cual todo sueño sería "proyectado" sobre una pantalla o trasfondo vacío que simboliza el pecho materno, según lo alucina el niño pequeño durante el sueño, después de haber sido alimentado por la madre. Esta pantalla, satisfacción alucinatoria del deseo mismo de dormir, no es habitualmente reconocida por el soñante, y por lo tanto puede no aparecer como tal en el relato del sueño. En algunos sueños típicos (sueños "vacíos"), sin embargo, aparece como elemento manifiesto, posibilitando así, según Lewin, la expresión de fantasías de regresión a estados primarios de fusión con la madre.

De acuerdo con esto, la representación, por ejemplo, de superficies blancas como trasfondo de la escena onírica (A. Garma 1976, pp.157-173), o de círculos como único elemento (M. Milner 1969, pp.246ss), sería la expresión, en el sueño manifiesto y sin mediar asociaciones, de fantasías y deseos primarios de fusión con el pecho.

### **5.5.1 Las recomendaciones técnicas de Freud y extensiones posteriores**

Después de las múltiples formulaciones técnicas dispersas en la Interpretación de los sueños (1900a), Freud resumió sus recomendaciones técnicas varias veces. En Observaciones sobre la práctica y la teoría de la interpretación de los sueños, escribió:

Para la interpretación de un sueño en el análisis cabe optar entre diferentes procedimientos técnicos.

Uno puede: a) proceder cronológicamente, y hacer que el soñante produzca sus ocurrencias sobre los elementos del sueño en la secuencia en que éstos se presentaron en el relato del sueño. Este es el procedimiento originario, clásico, y sigo considerándolo el mejor cuando uno analiza sus propios sueños.

O uno puede: b) iniciar el trabajo de interpretación por un elemento destacado del sueño, que se extrae de él; verbigracia, por su fragmento más llamativo o el que posee la máxima nitidez o intensidad sensible, o tomando un dicho que está contenido en el sueño y que, según se espera, ha de llevar al recuerdo de la vida de vigilia.

Uno puede: c) prescindir al comienzo por completo del contenido manifiesto, y a cambio inquirir al soñante por los acontecimientos de la víspera que se vinculan en su asociación con el sueño relatado.

Por último, cuando el soñante ya está familiarizado con la técnica de la interpretación, se puede: d) renunciar a todo precepto y dejar a su criterio escoger las ocurrencias acerca del sueño con las que comenzará.

No puedo aseverar que una u otra de estas técnicas sea preferible y ofrezca en todos los casos resultados mejores (Freud 1923c, p.111s).

Estas recomendaciones contienen todos los elementos esenciales de la interpretación onírica y dejan al analista una amplia libertad relativa a la ponderación y a la secuencia a seguir. Las recomendaciones dadas 10 años más tarde (1933a) son similares en todo, salvo en que asignan al resto diurno una importancia nueva. El analista tiene ahora el material con el cual trabajar. La pregunta es: ¿cómo hacerlo? Aunque la literatura referente a los sueños ha aumentado entretanto hasta hacerse casi inmanejable, las recomendaciones elaboradas de técnicas interpretativas son más bien escasas. En el marco del congreso psicoanalítico de Londres (1975), se realizó un diálogo sobre "El cambio en el uso de los sueños en la práctica psicoanalítica", que fue abierto por Jean-Bertrand Pontalis con la afirmación de que "entre las teorías mayores del psicoanálisis, la teoría de los sueños es la que menos ha cambiado, aunque el sueño sea visto distintamente como un mensaje, como puzzle para ser descifrado o como una experiencia intrapsíquica" (véase el resumen del diálogo hecho por Curtis y Sachs [1976, p.343]). Con todo, los autores que participaron en ese diálogo estaban todos de acuerdo en que la introducción de la teoría estructural y la ampliación del concepto de transferencia produjeron un cambio fundamental en el uso de los

sueños en la práctica clínica, cambio que fue señalado por Ella Sharpe ya en 1937:

La técnica del análisis era [en los tiempos pioneros] casi sinónimo de técnica de interpretación de los sueños. Cada sueño era explotado con ahínco como el único camino a la mente inconsciente y un paciente que no soñaba presentaba un gran problema al analista para quien la única llave era el sueño (p.66).

A veces uno se pregunta si el péndulo no ha oscilado hasta el otro extremo y si, en vez de una sobreestimación de los sueños como herramienta analítica, nos encontramos frente al peligro de una subestimación. Debiéramos revisar el valor de los sueños y hacer una valoración de los sueños en general... Yo creo que el sueño aún es una herramienta importante y casi indispensable para el entendimiento del conflicto psíquico inconsciente (p.67; citado por Blum 1976, p.316).

Así, "con el avance de la teoría y la técnica psicoanalítica se entendió que no hay camino real al inconsciente sin resistencia. [La interpretación del] sueño como el camino real del tratamiento psicoanalítico fue reemplazado por el análisis de la transferencia" (Blum 1976, p.316). Los sueños pasaron a constituir indicios transferenciales, tanto en sus aspectos formales como de contenido. El relato de sueños puede estar al servicio de la resistencia; un paciente puede "inundar" las sesiones con relatos, o puede "seducir" al analista con sueños de "interés analítico", o puede transformar el relato de sueños en un ritual más, etc. De la misma manera, un sueño puede tener diferentes usos transferenciales dependiendo del tipo de neurosis del paciente, de la fase del análisis y de las vicisitudes generales de la transferencia y resistencia.

En el diálogo sobre el cambio en el uso de los sueños, ya citado, Plata-Mujica (1976) nos ofrece una visión panorámica de la manera como en Latinoamérica, a partir de los trabajos pioneros de A. Garma, se ha desarrollado toda una línea teórica y técnica en relación a los sueños:

Para Freud existía la transferencia del contenido inconsciente a la representación preconscious, en los sueños, y la transferencia del contenido inconsciente al terapeuta, en la técnica. En la teoría onírica la transferencia puede edificarse sobre el 'resto diurno insignificante y reciente'; en la práctica, sobre la transferencia a la persona del psicoanalista en el momento presente. Así, en la práctica, el terapeuta es un equivalente del resto diurno en el sueño, cuyo contenido trans-ferido ayuda tanto a hacerlo manifiesto como a distorsionarlo. Este mismo paralelo se encuentra entre lo 'reciente' y lo 'presente': el resto diurno puede permanecer 'inalterado' por efecto del contenido transferido, o experimentar una modificación, posibilidades que también se encuentran en la práctica analítica, a través del concepto ampliado de contratransferencia [Racker 1960], que puede permanecer 'inalterada' o 'modificada', dependiendo de la reacción del analista a la transferencia del paciente.

En mi opinión, este enfoque constituye la base teórica para sustentar el camino a través del cual los restos diurnos transferenciales encuentran un papel en el trabajo onírico, que va desde el papel 'insignificante' al más significativo, y el camino por el cual los sueños de los analizandos se construyen a sí mismos, no

fenomenológicamente, sino como un lenguaje que posee muchos niveles en la comunicación del contexto de la sesión y de la relación transferencial. Esto permite esbozar la conclusión general de que "algunas leyes que gobiernan la formación de sueños son las mismas que encontramos en la formación de la transferencia en la clínica y viceversa" [Cesio 1970, p.270] (Plata-Mujica 1976, p.340).

Esta concepción de la formación onírica en el contexto de la relación transferencial se conecta con lo que hemos planteado en relación a la transferencia (capítulo 2) como algo más que un mero proceso repetitivo, donde los elementos actuales (la persona del analista en interacción) juegan un papel específico e independiente de los problemas históricos y curativos. Así, a través de los restos diurnos trans-ferenciales, se completó la ligazón técnica entre el análisis de los sueños y el análisis de la transferencia.

De acuerdo con la concepción de que los sueños son intentos de solución de problemas, French y Fromm plantean tres condiciones que deben satisfacer las interpretaciones:

1. Los distintos significados de un sueño deben armonizar unos con otros.
2. Las interpretaciones deben ajustarse a la situación emocional del soñante en el momento del sueño.
3. Debe ser posible una reconstrucción de los procesos de pensamiento libre de contradicciones.

French y Fromm (1964, p.66) describen estos factores como la "estructura cognitiva" del sueño, que constituiría la prueba decisiva de la validez de la reconstrucción y por lo tanto de la interpretación. Enfatizan que el yo en los sueños no tiene sólo la tarea de solucionar problemas, sino también de evitar una involucración demasiado grande en el conflicto focal, que haría más difícil la solución del problema. Esta evitación podría denominarse más bien como "distanciamiento". Un medio probado de distanciamiento es lo que French y Fromm llaman "desanimación" (deanimation): un conflicto interpersonal se objetiva o se tecnifica, con el sentido de poder facilitar el encuentro de una solución al problema, que ahora tiene la apariencia de un problema meramente técnico. "Estructura cognitiva del sueño" es la expresión que French y Fromm usan para describir la "constelación de problemas íntimamente relacionados" (p.94), bajo lo cual entienden las relaciones actuales y cotidianas del soñante, la relación de éste con el analista y la conexión entre ambas.

La interpretación de los sueños, igual que otras interpretaciones completas, debe constar de tres componentes: 1) La relación transferencial, 2) las relaciones actuales externas y 3) la dimensión histórica. Esta tríada es importante, pues el paciente ve el problema neurótico como insoluble, precisamente, en cada una y en todas estas áreas. French y Fromm son muy estrictos en sus esfuerzos de llegar a una conexión significativa (evidence), reconocible en el material de la misma sesión (y de la previa). Vacíos y contradicciones en el material son considerados indicadores útiles para probar hipótesis alternativas, eventualmente mejores. Aunque de ningún modo se manifiestan como enemigos de la intuición, desconfían de la interpretación intuitiva de los sueños, que generalmente logra captar sólo un aspecto parcial del sueño y que induce al analista a seguir la "técnica del lecho de Pro-custo" (1964, p.24), es decir, a la tentación de adaptar el



material a las hipótesis y no al revés, como debiera ser. La consideración de aspectos aislados es, en opinión de estos autores, la causa más importante de las diferencias en la interpretación de los sueños. Nos parece interesante que French y Fromm (p.195) exijan analizar primero muchos sueños antes de hacer interpretaciones históricas. También otros autores han reclamado por una investigación sistemática de series oníricas (véase, por ejemplo, Greenberg y Pearlman 1975; Cohen 1976; Geist y Kächele 1979).

A objeto de asegurar la mayor claridad, enumeramos a continuación los requisitos que, según French y Fromm, debe llenar la interpretación de los sueños:

1. Los distintos significados deben armonizar mutuamente.
2. Debe calzar con la situación emocional del soñante "en el momento del sueño".
3. Debe cuidar no tomar una parte por el todo.
4. Debe procurar no caer en la "técnica del lecho de Procusto".
5. Debe contemplar dos pasos:
  - a) El problema actual.
  - b) Problemas históricos semejantes (sin olvidar el aspecto transferencial).
6. Debe ser susceptible de ser contrastada con el material: la reconstrucción de la "estructura cognitiva del sueño" y las contradicciones como indicadores importantes (en analogía con los puzzles).
7. Antes de llegar a una interpretación histórica es necesario analizar varios sueños.

Lowy (1967) llama la atención sobre una restricción de la actividad interpretativa: él no interpreta aspectos que podrían ser una ayuda y un apoyo para el soñante. Esto corresponde a aquel procedimiento de no interpretar la transferencia positiva benigna mientras no llegue a ser una resistencia. Advierte en contra de interpretaciones precipitadas: "la capacidad represiva de interpretaciones irreflexivas es real, y el resultado puede ser privar al sujeto de la posibilidad del necesario experimentar explícito de figuras y escenas creadas por él mismo" (Lowy 1967, p.524).

Un tema frecuentemente discutido es el de la interpretación de los símbolos, que ocupa una posición especial a causa de la validez general de los símbolos. Esta posición, empero, se relativiza con la iluminadora definición de Holt del símbolo como una forma especial de desplazamiento. De acuerdo con él, los símbolos deben ser tratados como desplazamientos de otra índole:

Propongo que consideremos los símbolos como una forma especial de desplazamiento con las siguientes características: un símbolo es un sustituto por desplazamiento, estructurado y compartido socialmente. La primera característica, el que sea usado por un gran número de personas, implica la segunda y ayuda a explicarla: si toda forma de sustituto por desplazamiento fuera un fenómeno transitorio puramente ad hoc, tendríamos que, en realidad, aceptar una suerte de "inconsciente racial" u otro tipo de armonía preestablecida para dar cuenta del hecho de que mucha gente llegue al mismo desplazamiento (Holt 1967, p.358).

Las asociaciones son para el analista el requisito y el fundamento de las interpretaciones. Son los ladrillos que usa para construir su comprensión del sueño, su comprensión del problema subyacente en él y la solución alternativa para el

soñante, además de que constituyen una parte importante de lo que se ha dado en llamar el "contexto" del sueño. Sand (en un manuscrito inédito que se llama "Un error sistemático en el uso de la asociación libre" [1984]) discute, desde un punto de vista científico, la importancia del "contexto". Reis (1970) investigó las formas que toma la asociación libre en función de los sueños, e ilustra, por medio de un caso, la dificultad específica de pacientes que son incapaces de asociar en torno a sus sueños.

Freud (1916-17, p.106) postula una relación cuantitativa entre la resistencia y los requerimientos en asociaciones necesarios para entender un elemento onírico:

A veces se necesita una única ocurrencia o unas pocas para llevarnos desde el elemento onírico hasta su inconsciente, mientras que otras veces se requieren para ello largas cadenas de asociaciones y el vencimiento de muchas objeciones críticas. Nos diremos que estas diferencias dependen de las magnitudes cambiantes de la resistencia, y probablemente tendremos razón. Cuando la resistencia es escasa, el sustituto no está muy alejado de lo inconsciente; pero una resistencia mayor conlleva mayores desfiguraciones de lo inconsciente y, por tanto, una distancia mayor desde el sustituto hasta lo inconsciente.

Fue especialmente en el campo de la interpretación de los sueños donde la técnica de la asociación libre se consolidó y refinó (véase sección 7.2). Al mismo tiempo, la técnica obtuvo su fundamentación teórica de la supuesta asimetría inversa entre el trabajo del sueño y la producción de asociaciones libres. Así, Freud define la libre asociación como "representaciones involuntarias" (1900a, p.123). El sueño es entendido como el producto de un proceso regresivo a través del cual el pensamiento onírico es transformado en imagen visual.

Freud asumió que el paciente que asocia libremente en el diván se encuentra en una regresión similar a aquella de la del soñante. Por esta razón, el paciente está en una situación especialmente ventajosa para describir las imágenes oníricas y también para interpretarlas. Fragmento tras fragmento, a través del proceso de asociación, llega a hacerse inteligible en el estado de vigilia lo que en el sueño había sido compactado. Es decir, el paciente está en la posición de descomponer lo que fue ensamblado en el sueño (Freud 1901a, pp. 619-625).

Ya que el método de la asociación libre no puede seguir siendo hoy en día considerado como la simple inversión del trabajo del sueño, es adecuado tomar una actitud pragmática frente al asociar libre y no pasar por alto el papel significativo que juega el analista, a través de su escuchar activo, en la creación de las conexiones que él interpreta. No hace mucho hemos mostrado claramente, usando el ejemplo de las interpretaciones de sueños de Kohut, cuán grande puede ser la influencia de los supuestos teóricos.

Usamos la expresión "asociaciones centradas en un tema" para describir las ocurrencias que el soñante, animado por el analista, comunica en torno a los elementos aislados del sueño; éstas son las asociaciones que caracterizan la interpretación clásica de los sueños. Aunque todavía ocasionalmente se empleen "asociaciones centradas en un tema", con consecuencias positivas para el trabajo interpretativo, en la literatura se encuentran pocos de tales análisis de sueños. A este respecto, no vacilamos en declararnos pasados de moda. No creemos que la in-

interpretación onírica focalizada, que se apoya en asociaciones centradas en un tema, restrinja la libertad asociativa del paciente. Naturalmente, también en las asociaciones centradas en un tema pronto surge la pregunta de si las asociaciones del paciente tienen todavía algo que ver con el sueño manifiesto y, lo que es más importante, con sus pensamientos latentes y deseos inconscientes específicos. Empero, la resistencia en contra de la asociación, aunque circunscrita, da alguna indicación sobre el camino a seguir en el contexto del sueño.

En este lugar, quisiéramos mencionar aún otro punto, que es el de la técnica de interpretación de los sueños que Freud llamó "clásica" (1923c, p.111), casi caída en el olvido. En su monografía, Kris (1982) no ofrece ningún ejemplo de una interpretación clásica de los sueños. El tiene un entendimiento global del método y del proceso de asociación libre, como un proceso en común, en el cual el soñante intenta expresar sus pensamientos y emociones en palabras y, estimulado por las propias asociaciones del analista, es ayudado por éste a cumplir la tarea (Kris 1982, pp.3 y 22). Muchos analistas, apoyándose en la concepción total de la transferencia, consideran que no es indispensable que el paciente presente asociaciones y que basta el contexto global de la sesión para entender el significado de un sueño particular (véase por ejemplo, Plata-Mujica 1976, pp.335s). De acuerdo con esto, todo lo que un paciente dice, antes y después del relato mismo del sueño, aun sin una relación explícita con éste, podría entenderse como asociaciones relativas al sueño, lo cual, por supuesto, disminuye enormemente la posibilidad de verificar una interpretación en base al material. En el otro extremo técnico, Greenson (1970) critica las interpretaciones que no parten de las asociaciones del paciente, pues eso conduce a que la interpretación del sueño tenga más que ver con los prejuicios teóricos del analista que con la vida psíquica actual del paciente. Este autor plantea que el analista ciertamente debe hacer uso de su propia comprensión empática, pero siempre a partir de las asociaciones del paciente, poniendo el énfasis en un trabajo común entre analista y paciente, donde el primero "debe escuchar con atención libremente flotante, oscilando entre los procesos primarios y secundarios del paciente y el suyo propio. Eventualmente [el analista] deberá formular sus ideas [asociaciones] en palabras que sean comprensibles, con sentido y vivas para el paciente. A veces podrá solamente decir: 'No entiendo el sueño, quizás lo entenderemos en otra ocasión'" (Greenson 1970, p.546).

La capacidad del paciente de asociar libremente, o mejor dicho, más libremente, puede considerarse como una expresión de libertad interior y, bajo ese punto de vista, como una meta deseable del tratamiento. Pues, no son las asociaciones del propio analista o su atención parejamente flotante como tal lo que ayuda al paciente a desplegarse. El factor esencial es cómo llega el analista a interpretaciones útiles y qué efecto tienen éstas en el paciente. Inmediatamente después de cada intervención que, de acuerdo con el significado etimológico de la palabra, interrumpe el flujo de palabras del paciente, la sesión se centra en ella. Aun la total ausencia de respuesta a una interpretación es una reacción que el analista podrá hacer calzar. La atención parejamente flotante del analista es entonces también secuestrada por un tema, del mismo modo que cuando el paciente reacciona a sus intervenciones (esto es, reflexiona sobre ellas), en vez de ignorarlas. La manera cómo el analista llega a sus interpretaciones a partir de las

asociaciones del paciente, cómo encuen-tra las palabras correctas, es decir, el tema referente a la heurística psicoanalítica, no es materia de esta sección (véase capítulo 8). Mientras más variadas son las asociaciones del paciente, y mientras más detalles ofrece, es más difícil para el analista hacer una selección y, por lo tanto, justificarla en base a patrones o configuraciones del material. Por esto es procedente considerar lo que el paciente dice, por un lado, desde el punto de vista de la continuidad (¿qué tema de la última sesión continúa hoy?), y, por el otro, mirando la sesión actual como una unidad (¿qué problema está tratando de resolver?).

Para llegar a las "reglas de transformación" que quiere establecer, Spence (1981) propone dividir las asociaciones en "primarias" y "secundarias". El fundamento para la utilización de asociaciones es el "postulado de correspondencia" ya citado (Spence 1981, p.387): las asociaciones corresponden a los pensamientos oníricos porque la regresión durante la asociación corresponde al estado de "regresión benigna", propia del dormir y del estar enamorado. Las asociaciones primarias son aquellas que están ligadas causalmente con el sueño; ellas conducen a los detalles del sueño. Las asociaciones secundarias son estimuladas por el sueño mismo; ellas conducen fuera del sueño. A causa de la importancia de esta distinción y para mostrar más claramente la línea argumentativa, quisiéramos citar directamente a Spence:

1. Debemos dividir las asociaciones del soñante en un conjunto primario (las presuntas causas del sueño) y en un conjunto secundario (desencadenadas por el sueño en cuanto soñado, pero no teniendo relación significativa con la producción del sueño). Las asociaciones primarias debieran provenir más o menos del mismo período de la vida del paciente (como hipótesis de trabajo, tomemos las 24 horas que preceden el sueño). Mientras más restringido sea este lapso, más seguros podremos estar de que hemos encontrado verdaderas asociaciones primarias. Si, por otro lado, aumentamos significativamente el tamaño de nuestro campo de exploración (hasta incluir, por ejemplo, toda la vida del paciente), reducimos con ello las posibilidades de encontrar algo que se relacione significativamente con la causa del sueño, a la vez que aumentan las probabilidades de recoger sólo asociaciones secundarias.

2. Debemos formular las asociaciones primarias como un conjunto de proposiciones mínimas. El propósito de este paso es representar cada asociación en alguna forma canónica estándar, facilitándonos así descubrir las semejanzas subyacentes al conjunto y pavimentando el camino para el descubrimiento de las reglas de transformación.

3. Tenemos que reducir las proposiciones causales a un conjunto restringido de una o más reglas de transformación. Cada regla (o reglas), aplicada a la proposición canónica, debiera generar uno o más de los detalles del sueño actual; el conjunto completo de reglas, junto a todos los conjuntos de proposiciones, debería dar cuenta de todos los detalles en el sueño. De esta manera, al terminar este procedimiento habremos reducido el sueño manifiesto a: a) un conjunto de proposiciones subyacentes y b) un conjunto de una o más reglas de transformación. Las reglas de transformación debieran tener algunas afinidades

con los meca-nismos del proceso primario (Spence 1981, p.391; cursiva en el original).

La preocupación central de Spence es reducir la multiplicidad de significados, que llevó a Specht (1981) a preguntarse si la interpretación de los sueños difiere de la astrología y de la interpretación de los oráculos por un lado, y, por el otro, de la interpretación esquemática de símbolos en la que se basan los libros populares sobre interpretación de sueños. Debemos primero tratar la crítica de arbitrariedad, que parece recibir apoyo aun desde las propias filas. En su trabajo *El principio de la función múltiple* ("Das Prinzip der mehrfachen Funktion"), Waelder (1936 [1930]) escribe lo siguiente sobre las teorías de la neurosis: Si tuviéramos que desenterrar las teorías posibles, teorías que ven la neurosis como la solución simultánea de tres o más problemas, y si se considera además la posibilidad de subordinar un problema al otro, el número de tales teorías de la neurosis puede alcanzar muchas decenas de miles (1936, p.55).

En otro lugar, continúa:

Finalmente, podemos esperar que la vigencia de este principio [el de la función múltiple] se vea también en la vida onírica, pues el sueño fue el dominio donde la sobredeterminación fue originariamente descubierta. El carácter general del sueño consiste en la reducción de la experiencia psíquica, tanto en relación con sus contenidos (relajación del superyó y de las tareas activas del yo), como en relación con el modo de trabajo (substitución del modo de trabajo del consciente, en intentos de solución, por el modo de trabajo del inconsciente), como, finalmente, en el sentido temporal (retroceso de lo actual en favor de lo pasado). En consideración a todas estas reducciones o desarrollos regresivos, que significan un cambio en los problemas y una reversión en los métodos específicos de solución, del modo de trabajo consciente al modo inconsciente, el fenómeno del sueño puede también ser explicado a través del principio de la función múltiple. De la misma manera, cada evento en el sueño aparece entonces en función óctuple, o, claramente, en ocho grupos de significados. La diferencia del sueño se caracteriza sólo por el cambio o desplazamiento en las tareas y por la recaída en el modo de trabajo (1936, pp.58-59; la cursiva es nuestra).

En esto está implícito que si se toman en cuenta varios factores, entonces las posibles interpretaciones de un sueño pueden, en principio, "alcanzar muchas decenas de miles". El sueño es así una "condensación" de muchas tendencias diferentes y contiene un número infinito de significados potenciales. No obstante, de acuerdo con Specht (1981), las interpretaciones tentativas posibles de un sueño no son ilimitadas. Specht formula el problema de la confección y verificación de una interpretación onírica, en referencia al "horizonte poco nítido" de los conceptos y reglas interpretativas psicoanalíticos (p.776). Propone, en conformidad con problemas similares de teoría científica, que "las interpretaciones de los sueños de-bieran ser también entendidas como recomendaciones y no como afirmaciones des-criptivas" (p.783). Sugiere entender el sueño en el sentido del deseo que se supone, aun cuando el soñante no sea consciente de él. Specht define un deseo como "una tendencia fundada en la situación concreta de la vida que el soñante no es aún capaz de aceptar"

(p.784). Este autor trabaja con el concepto de "constelación antecede-dente" (p.765), por la que entiende "la situación psíquica que precede al sueño". Siguiendo a Roland (1971), Specht subraya -al igual que Sand (véase anteriormente), aunque independientemente de él- la importancia decisiva del "contexto relevante". Ambos conceptos, creemos correctamente, dejan totalmente abierta la dimensión temporal, de tal modo que se puede incluir tanto el resto diurno como traumas que ocurrieron décadas más atrás. Specht llega a la conclusión de que las posibilidades de interpretar un sueño están limitadas por 1) las reglas de interpretación, 2) las asociaciones libres del soñante y 3) el número de deseos que están anclados en la constelación antecedente e impedidos, por contramotivos (que deben especificarse), de alcanzar el nivel consciente. Si en la mayoría de los sueños no se pudiera determinar una correspondencia entre las posibles interpretaciones tentativas y los deseos anclados en la constelación antecedente, Specht rechazaría la teoría por falsa. "En principio, la teoría de los sueños es así falsificable, en nítido contraste con la interpretación de los oráculos" (p.775). Specht propone los siguientes criterios para una interpretación científica de los sueños:

1. Descripción de la constelación antecedente.
2. Aplicación de las reglas de interpretación.
3. Informe sobre las asociaciones libres del paciente.
4. Descripción de los contramotivos (¿con psicogénesis?).
5. Discusión sobre los diversos deseos oníricos.
6. Fundamentación de la elección de la interpretación "correcta".
7. Elaboración de las interpretaciones.
8. Discusión sobre el efecto de las interpretaciones (considerando los criterios para una "interpretación correcta", por ejemplo, la emergencia de nuevo material).

En relación a las disputas sobre teorías de la ciencia, no debemos olvidar que la interpretación de los sueños tiene un origen práctico en el deseo del paciente de tal interpretación (Bartels 1979). Lo que con ella buscamos es cerrar la brecha existente entre sus sueños y su vida consciente con el fin de preservar su identidad, como Erikson (1954) lo señaló en su interpretación del "sueño paradigmático" del psicoanálisis, es decir, el sueño de Freud sobre Irma.

---

<sup>1</sup> Tales abreacciones pueden también ser calificadas, de acuerdo con la terminología etológica, como actividades en vacío (Leerlaufaktivitäten), es decir, actividades en ausencia del objeto que satisface la pulsión.